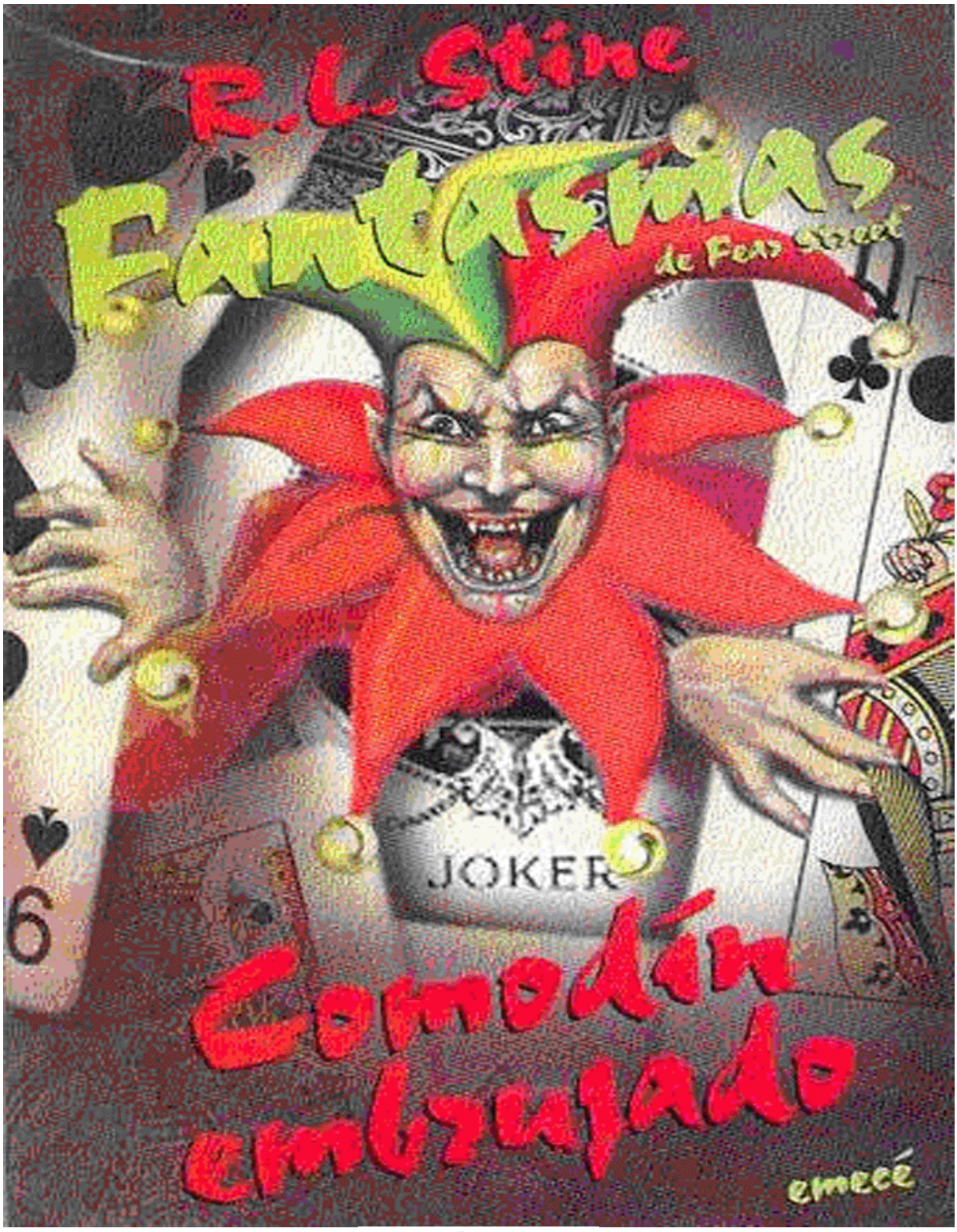
FANTASMAS DE FEAR STREET - COMODÍN EMBRUJADO

R. L. STINE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

-Todo este lío es culpa de Frankie Todaro y...¡aaay, Louisa! -grité-, ¡me haces doler!

-Discúlpame, Brittany. Pero, tú sabes, estar hermosa no es fácil. Fíjate en tus revistas. -Louisa señaló un montón de revistas apiladas sobre el piso. -Todas te lo dicen.

-Entonces, no quiero estar hermosa -dije, y, de un manotón, me saqué su cepillo de encima.

Era un sábado a la tarde. Mi mejor amiga, Louisa Wong, estaba en casa. Ella siempre trataba de arreglarme el pelo castaño y corto. Hasta ahora, no lo había logrado.

-Además -continué-, me importa un comino estar linda para esa estúpida tarea de servicio comunitario.

-Haces mal, Brit -me dijo, sacudiendo la cabeza.

A Louisa le gusta estar a la moda. Ese día tenía puesta una remera color lavanda y falda larga de seda, y se había pintado las uñas de azul marino.

Yo tenía un par de pantalones viejos y camiseta de gimnasia de la escuela de Shadyside. A mí me gusta estar cómoda.

Me tiré sobre la cama.

-Si Frankie no nos hubiera hecho mirar a ese estúpido ratón que tiene como mascota, nada de esto habría pasado.

-A mí me pareció lindo -dijo Louisa.

-¿Quién? ¿Frankie? -enarqué las cejas.

-¡No! -gritó-, ¡Spike!

-¿Spike? ¿Lindo? Sí, supongo, si te interesan los ratones albinos. ¿Pero por qué Frankie lo llevó a la escuela?

-Alguien lo desafió a que pusiera a Spike en el atril del profesor Bladvig. -Louisa se encogió de hombros.-Ya sabes cómo es él -dijo.

-¿Quién? -pregunté-. ¿Spike?

-¡No! -Se rió. -¡Frankiel Ya sabes cómo le gustan los desafíos.

Negué con la cabeza.

-A Frankie apenas lo conozco.

-El año pasado estaba en mi clase -dijo Loui.sa-. Créeme que es capaz de hacer cualquier cosa.

¡PAF!

La puerta de mi cuarto se abrió de golpe y Louisa lanzó un grito.

Mi hermano menor irrumpió en la habitación. -¡Jimmy! -exclamé-, tienes que golpear antes de entrar, ¿te acuerdas?

-Elige una carta -exigió Jimmy. Se me vino encima, agitando un mazo de barajas.

-¡Vamos, Brit! ¡Me enseñaron un truco nuevo! ¡Elige una carta!

Lancé un gruñido. Por empezar, los naipes mucho no me gustan. Y, encima, cuando Jimmy cumplió ocho, mamá y papá le regalaron un libro de trucos para hacer con cartas. Desde entonces, está insoportable.

Sus trucos ya me tenían más que cansada.

-Pídele a Louisa que elija -le dije.

Jimmy desplegó los naipes y Louisa eligió uno. Me lo mostró: era un seis de trébol.

-Ahora ponlo de nuevo en el mazo.

Louisa deslizó el naipe entre las demás cartas.

Jimmy las mezcló.

-Bueno, toma las cuatro primeras.

Louisa lo hizo.

-¡Eh! -exclamó-, ¡son todos seis!

-¡Taraaan! --Jimmy saludó con una reverencia.

-¿Cómo hiciste? -preguntó Louisa, y le devolvió las cartas.

Mi hermano sonrió.

-Los magos nunca revelan sus trucos -declaró, y me miró a mí.

-Tu turno, Brit. ¡Elige una carta cualquiera

-Ahora no -dije-, tenemos que ir a casa de Max Davidson.

-¿Quién es? ¿Tu nuevo novio? ¿Te gustaaa.

-Ni siquiera lo conozco -repliqué-. Se mudó a Shadyside la semana pasada. Pero está enfermo; por eso no puede ir a la escuela.

Jimmy frunció la nariz.

-¿Qué tiene? -preguntó.

-Por mí podría tener rabia -dije, en tono sombrío.

-¡Brit! -gritó Louisa-, ¡no seas mala!

-¿Y por qué tienen que ir a verlo ustedes? -preguntó Jimmy.

-Porque la mamá de Max le pidió al director que fueran a visitarlo algunos chicos de Shadyside. Y el señor Emerson nos eligió a nosotras.

-Ahhh. -Jimmy inclinó la cabeza.

-¿Y por qué las eligió?

Suspiré. No iba a darse por vencido.

-Nos metimos en problemas por mirar un ratón -explicó Louisa.

-Es una injusticia -dije-. No hicimos nada malo.

-Dile eso al profesor Bladvig -dijo Louisa.

-¡Ahhl -grité-, ¡ése es el culpable: el profesor Bladvig!

-Es cierto. Si no hubiera salido del salón de música, no nos habría visto acariciando a Spike, y ahora no tendríamos ningún problema.

-¿Y ese chico pelirrojo -pregunté-, el que tiene el armario al lado del de Frankie? ¿Cómo se llama? Ah, sí... Jeff.

-¿Te gusta Jeff -me preguntó Jimmy.

Me hice la sorda.

-Seguro que Jeff está furioso con Frankie -continué.

-¿Por qué? -quiso saber Jimmy.

-¡Qué te importa, si ni siquiera conoces a Frankie ni a Jeff -exclamé.

-El profesor Bladvig mandó a Jeff, y a todos nosotros, a la dirección, y él sólo estaba parado frente a su armario. Ni siquiera estaba mirando a Spike -le explicó Louisa.

-¡Claro! -grité-, todo esto es culpa de Spike.

Por culpa de un estúpido ratón, yo tenía que ir a visitar a un chico al que ni siquiera conocía.

Un estúpido ratón blanco nos causó este problema, pensé con tristeza.

Bueno, vamos a lo de Max y ahí se termina todo, me dije.

Pero estaba equivocada.

Era sólo el comienzo.

El comienzo del verdadero problema.

2

-Max tenía que vivir en Fear Street. -Caminábamos por Hawthorne Drive y Louisa se estremeció.

-¡Ehh! ¡Allá está Frankie! -Lo saludó con la mano.

Frankie corrió para alcanzarnos. ó o tuvo que dar unos pasos porque, en Frankie, todo era largo.

Tenía piernas flacas y largas. Y brazos flacos y largos que casi le llegaban hasta las rodillas. Su cara era delgada y larga, con una nariz recta, larga. Y su pelo era grueso y largo.

Cuando nos alcanzó, pude verle la remera: también larga. Y azul, igual que sus ojos. Decía: ¡DESAFÍAME!

Los tres caminamos hacia Park Drive. Louisa miró por sobre su hombro.

-¿Ése no es Jeff? -Señaló a un chico flaco y pelirrojo que caminaba detrás de nosotros.

-¿Por qué no lo esperamos?

Mientras lo esperábamos, miré la hora.

-Eh, chicos, son casi las cinco -advertí-. Llegaremos tarde.

-Podríamos cortar camino por el jardín de la señora Morter -sugirió Frankie.

-¡Ni loca! -grité. ¿Frankie no sabía lo que decía la gente sobre esa señora?

-¡Es bruja!

Louisa abrió bien sus ojos oscuros.

-¡Es cierto! -coincidió-. ¡Ni loca dejo que me hechice!

Le tienen miedo a la señora Muerte? -dijo Frankie, soltando una risita-. Yo no.

-Pues deberías -dije-. ¿No te acuerdas de lo que le pasó a Gina Logan?

-Yo no me acuerdo -dijo Jeff-. ¿Qué le pasó?

-Entró en el jardín de la señora Morter, ¡y nunca más la vieron!

-Me contaron que la familia de Gina se mudó a Utah -señaló Frankie.

-Eso no es lo que oí yo. -Louisa sacudió tristemente la cabeza.

-¡Desapareció, no más!

-Sí, seguro -se burló Jeff.

-¡Es cierto! -insistió Louisa-. La señora Morter es extraña. Tiene miles de gatos que maúllan todo el tiempo, y odia a los chicos. Me da mucho miedo.

-¿Más miedo que quedarnos después de hora? -preguntó Frankie-. Porque eso dijo el señor Emerson que iba a ser nuestro castigo si llegábamos tarde.

Frankie tenía un buen argumento. Era preferible perder dos minutos atravesando a la carrera el jardín de una bruja que salir durante dos semanas después de hora.

-Me parece mejor que no crucemos por ahí -dijo de pronto Jeff.

-¡No me digas que tú también tienes miedo! -lo fastidió Frankie.

-¡Yo no tengo miedo! -protestó, malhumorado-. Me parece que no debemos cruzar por su jardín, nada más. Es una infracción.

¿ Una infracción? Miré a Louisa y revoleé los ojos. ¿Y eso a quién le importaba?

Miré con atención la casa de la señora Morter. La pintura gris se había descascarado. La madera estaba astillada y podrida. Una galería desvencijada rodeaba toda la casa.

Observé las ventanas, oscuras y siniestras, detrás de postigos ruinosos y torcidos.

Me di vuelta y miré hacia el otro lado de la calle. Lo único que había era un terreno baldío con un enorme pozo en el suelo. Daba la impresión de que alguien había empezado a construir una casa y luego se había arrepentido.

¿Quién podría culparlo? ¿A quién le gustaría vivir frente a la señora Muerte?

Volví a mirar la casa: el jardín estaba lleno de gatos. Había gatos por todos lados, todos negros.

Gatos negros que dormitaban en la baranda de la galería, que se acurrucaban en el alféizar de las ventanas, que caminaban con aire majestuoso por el jardín lleno de maleza.

-La casa de Max queda justo detrás de ésta -susurró Frankie-. Cuento hasta tres y me siguen. ¡Uno... dos... tres! -Abrió el portón con un chirrido y corrió por el costado de la casa.

Bueno, imposible dar marcha atrás. Louisa, Jeff y yo seguimos a Frankie a toda carrera.

Mientras corría alrededor de la casa, algo atrajo mi atención.

¡La señora Morter! Estaba parada en la galería.

En las manos huesudas, tenía un bastón. ¡No, un bastón, no; una escoba!

En la cabeza, tenía atado un pañuelo verde que dejaba al descubierto parte de su pelo gris y desprolijo. Yo podía verle las profundas arrugas de la piel, y el brillo maligno de los ojos color verde oscuro.

-¡Porquería de niños! -chilló, sacudiendo la escoba.

Seguí corriendo. Pasé ante una carretilla llena de tierra, y luego por una vieja fuente de piedra que, en la base, tenía una cara esculpida.

No. No era una cara.

¡Era una calavera! Una calavera que miraba con ojos huecos y la boca abierta, enorme, formando un grito silencioso.

.-¡Vuelvan aquí! -aulló la señora Morter. Corrí a toda prisa... y tropecé con un gato. El gato lanzó un maullido, arqueó el lomo y me mostró los dientes. Me caí sobre una bandeja con pequeñas macetas, que se hicieron pedazos contra el suelo.

-¡Mis hierbas! -chilló la señora Morter-, ¡las destrozaste! ¡Las destruiste por completo!

Sentí que el corazón se me salía del pecho mientras luchaba por ponerme de pie.

La señora Morter me señaló con un dedo huesudo.

-¡Ya verás!

Todos los gatos negros se reunieron a su alrededor. Arquearon el lomo y chillaron. Era un chillido espantoso.

-¡Me las pagarás! -bramó.

Me lancé tras un grupo de arbustos que había en el fondo del jardín. Allí estaban escondidos Louisa, Jeff y Frankie.

-¡Dios mío! ¡Brittany rompió nada más que unas macetas y la señora Morter la quería matar! -Frankie sacudió la cabeza, sin poder creerlo.

-¿La oyeron?

-Ahora se va para adentro -dijo Jeff-; salgamos de aquí.

-Todavía no. -Frankie salió de entre los arbustos. Corrió hacia la carretilla y la volcó. La tierra oscura se desparramó entre la maleza.

La puerta de atrás se abrió de golpe.

La señora Morter se precipitó hacia afuera. Levantó la escoba en el aire y la agitó con furia.

-¡Ya verán! -gritó-. ¡Me las pagarán! ¡Todos ustedes me las pagarán!

3

Salimos volando del jardín de la señora Morter. Cuando llegamos a la puerta de la casa de Max, yo casi no podía respirar.

“¡Ya verán! ¡Ya verán!" Los chillidos de la mujer resonaban en mis oídos. Las piernas me empezaron a temblar.

La mano también me temblaba cuando toqué el timbre. Respiré profundamente para tranquilizarme.

Miré el reloj. Ah, genial. Cruzamos el jardín de esa horrible mujer y, de todas formas, llegamos tarde.

Observé la casa de Max. Era una casa de ladrillo que tenía persianas blancas recién pintadas. Estaba rodeada de arbustos preciosos.

Qué linda casa, pensé; lo contrario de la horrenda casa de la señora Morter.

Una hermosa mujer rubia nos abrió la puerta.

-¡Hola! -nos saludó-, soy la señora Davidson, la mamá de Max.

Tenía alegres ojos verdes y una linda sonrisa. Una hebilla de plata le sujetaba, sin fuerza, el largo pelo rubio. Tenía puesta una camiseta verde manzana, calzas y zapatillas altas. Qué moderna.

Se quedó junto a la puerta y entramos.

-Yo soy Louisa Wong -empezó Louisa.

-Jeff de Winter -masculló Jeff.

-Yo soy Brittany Carson.

Frankie entró último.

-Todaro -anunció, dándose aires-. Frankie.

La señora Davidson nos invitó a sentarnos en el living.

-Le dije al señor Emerson que le avisaría cuando llegaran. ¡Y fueron puntuales! Iré a llamarlo ahora. Disculpen.

Fue hasta la cocina. A través de la puerta cerrada, se oía que hablaba por teléfono. ¡Qué amable era al decir que habíamos sido puntuales!

-Gracias por visitar a Max, ¡qué buenos que son! -exclamó la señora Davidson cuando regresó.

¡Ninguno de nosotros le mencionó que no teníamos mucha opción!

-Nos mudamos a Shadyside hace apenas una semana -continuó-. Max tenía la ilusión de empezar séptimo grado la semana próxima, pero ...

-Nosotros también estamos en séptimo -interrumpió Louisa.

-Bueno, tal vez puedan ayudarlo con sus tareas cuando vuelva a la escuela. El doctor dijo que tenía que estar en cama tres semanas más. Se recupera de una neumonía, así que tiene que hacer reposo -dijo la mamá de Max.

Después, se paró.

-Bueno, no lo hagamos esperar más. Tiene muchas ganas de conocerlos.

Los cuatro la seguimos por un largo pasillo. Al final del pasillo, había una puerta entreabierta. La mamá de Max la empujó y se abrió del todo.

-¿Max? -llamó-, aquí hay unos chicos de la escuela de Shadyside que quieren conocerte.

Entramos en el cuarto de Max. Había ventanas a lo largo de toda una pared, pero mucha luz no entraba.

En un extremo de la habitación en penumbras, había un chico sentado sobre una cama. Parecía menor que nosotros. Tenía puesto un pijama blanco de manga larga. La piel era pálida y el pelo, rubio claro. Los ojos eran azul claro pero tenían círculos oscuros alrededor.

Pobre, pensé. ¡Parece muy enfermo!

-¡Hola, Max! -dijo Louisa alegremente. Max saludó con la cabeza.

Después se hizo un silencio incómodo. -Esteee... ¿tienes un Pietionary o algo así? -le preguntó Jeff.

Esta vez, Max negó con la cabeza. ¡No estaba haciendo las cosas nada fáciles!

-Eh... ¿quieres charlar un poco? ¿O jugar a algo? -le pregunté.

-A los naipes -dijo con voz suave. Sacó un mazo de abajo de las sábanas.

¿A los naipes? Se me fue el alma al piso. ¡Parecía que los naipes me perseguían!

-Genial -mentí, tratando de sonar alegre.

-Vayan a jugar a la mesa, chicos. -La señora Davidson indicó con un gesto el otro extremo del cuarto.

Max se paró y fue lentamente hacia la mesa.

-Juguemos a los corazones -sugirió en voz baja.

-Buena idea, Max -le dijo la madre-. Ese juego puede jugarse con cinco jugadores. ¿Saben jugar, chicos?

Todos dijimos que sí y nos sentamos. Max mezcló los naipes.

-Ahora Max le pedirá a alguno que corte. Eso es lo que hace un buen jugador de naipes.

Max empujó el mazo hacia Frankie.

-Saca algunos naipes de arriba del mazo, todos los que quieras -instruyó la señora Davidson-. Ahora tienes que poner los naipes de abajo arriba de los otros.

Frankie cortó y Max comenzó a repartir los naipes. Me di cuenta de que Max vivía comiendose las uñas: las tenía todas mordidas y desparejas.

-No levanten los naipes hasta que no se haya terminado de repartirnos dijo la mamá de Max-. Eso también es saber jugar.

Cuando Max terminó de repartir, tomamos las cartas.

-¡Que se diviertan! -dijo la señora Davidson, y salió del cuarto.

Miré mis cartas una por una. Dos de tréboles, seis de corazones, tres de diamantes, sota de...

¡Un horrible grito cortó el aire!

Pegué un salto.

Frankie dejó caer sus naipes al piso.

-¡Frankie! -exclamé, desconcertada-, ¿qué pasa?

Frankie tenía los ojos abiertos de par en par. Abrió bien la boca.

Y largó el grito más horripilante que yo había oído en mi vida.

4

El grito horrible, desgarrador seguía y seguía. Me tapé las orejas con las manos.

-¡Frankie! -grité otra vez-, ¿qué pasa? ¿Por qué no nos dices qué pasa?

Frankie se dio vuelta para mirarme y el grito cesó. Cesó de pronto, como si un cuchillo lo hubiera cortado de cuajo. Pero Frankie seguía con la boca abierta.

La mamá de Max vino corriendo.

-¿Qué pasó?, ¿alguno se lastimó?, ¿quién pegó ese grito?

-Frankie -le contestó Louisa.

-¡Yo no fui! -protestó Frankie.

Todos lo miramos.

-¡Sí, fuiste tú! -exclamó Louisa-. Tenías la boca bien abierta. Todos te oímos. Gritaste como un loco.

-Yo no grité -aseveró Frankie.

-Sí, claro -dije-. Casi me revientas los tímpanos. Tiraste todos los naipes y después empezaste a gritar.

-No sé por qué dicen que grité. -Frankie habló con lentitud.

-Ya sé que tiré los naipes. Fue por ... por el comodín.

Miró bajo la mesa. Todos seguimos su mirada.

Allí estaban los naipes, todos dados vuelta. Todos excepto uno: el comodín.

Yo no había visto un comodín así en toda mi vida.

Tenía un bufón con ojos redondos y enormes que le colgaban fuera de las órbitas. ¡Eran espantosos! ¡Parecía que podían verme!

La boca, de un rojo brillante, se le torcía en una sonrisa siniestra, diabólica.

En la cabeza, le colgaba un gorro verde, con cascabeles. En la mano, tenía una vara con una calavera en su extremo. ¡Una calavera con ojos que brillaban como dos brasas ardientes!

-¡Uf! -chilló Louisa, volteando la cabeza-, ¡qué feo que es!

Yo también iba a volver la cabeza, ¡pero la cara del bufón se empezó a mover!

¡Los ojos se revolcaban de lado a lado! Primero, me miró a mí. Después, lanzó una mira- da furiosa a Louisa. Después, a Jeff.

Los ojos del bufón se detuvieron en Frankie.

La boca se le torció... y se le dibujó una sonrisa que dejaba ver sus dientes amarillos, arruinados.

Lo miré horrorizada. Estaba muda.

-¿Qué pasa? -preguntó la mamá de Max-, ¿qué miran?

El sonido de esa voz hizo que la horrible cara del bufón dejara de moverse.

¿Realmente se había movido?

¿O me lo había imaginado?

Miré a mis amigos. ¿Lo habrían visto?

Pero todos me miraban a mí.

-¿Qué te pasa, Brit? -preguntó Louisa-, ¡estás muy pálida!

-El bufón... -empecé, pero después me arrepentí. No podía ser. Era una locura. No era posible que lo hubiera visto moverse.

¿O sí?

La mamá de Max se agachó y levantó el naipe.

-¡Qué naipe más horrible! -gritó, y levantó los otros naipes del piso.

-Chicos, denme todas las cartas -dijo-, me fijaré si no hay más comodines. ¿Cómo diablos vino a parar esa cosa horrible dentro del mazo?

Max sólo se encogió de hombros mientras entregaba los naipes a su mamá. No parecía muy sobresaltado por el asunto del comodín.

Tal vez el doctor le había dicho que no se alterara... por nada.

Pero yo sí estaba alterada. ¡El corazón me latía a mil por hora!

-Esa carta era horrible -le dije a Frankie-, no era un comodín común. Con razón gritaste.

-Te dije que yo no grité.

-Vamos, Frankie -dijo Jeff-, admítelo. Todos te oímos. Seguro que todo el barrio te oyó.

Frankie miró con furia.

-Me pueden dejar de...

-Ya está. Revisé el mazo. No queda ningún otro comodín horrible -interrumpió la mamá de Max. Le entregó los naipes a su hijo.

-Max, acuérdate que es de buen jugador dejar que alguien corte.

Max empezó a mezclar los naipes.

-Eh, ¿en serio tienes ganas de jugar? -pregunté.

Max se encogió de hombros.

-¿Por qué no?

-Sí, pero... -empecé. Me detuve. "Sin los comodines en el mazo, podemos jugar tranquilos", pensé.

Jugamos una mano tras otra. Cuando llegó la hora de irnos, yo ya veía tréboles y diamantes, corazones y piques pasando frente a mis ojos.

Y todavía veía al horrible bufón. Veía su sonrisa diabólica. Lo veía moverse.

¿Cómo era posible que un simple naipe fuera tan aterrador?

¿-Cómo?

5

-Tendríamos que habernos ido más temprano -rezongó Louisa, mientras caminábamos por Fear Street en la oscuridad-. Odio esta calle de noche.

-Parece que las luces están siempre rotas -protesté-, ¡no veo nada!

-Podríamos volver a cortar camino por el jardín de la señora Muerte -sugirió Frankie.

-¡Ni loca! -grité. Después, oí algo.

-Eh, escuchen, ¿qué es eso?

Miré en dirección a la casa de la señora Morter, pero estaba demasiado oscuro y no se veía nada.

-Oigo como un repiqueteo -susurró Jeff.

Un repiqueteo: ése era el sonido que yo oía. Un repiqueteo, como si alguien estuviera sacudiendo una lata llena de piedritas.

-Yo también lo oigo -coincidió Louisa-. Escuchen, se hace más fuerte.

Escudriñé las sombras de Fear Street.

-¡Eh, nene! ¡cuidado! -gritó de pronto Frankie.

Giré sobre mis talones.

Vi a Frankie tendido en el piso. Había una pequeña figura inclinada sobre él. Era un chico. Seguramente, se había llevado a Frankie por delante y lo había tirado al piso. Ahora le decía algo.

-¡Frankie! -lo llamó Louisa-, ¿estás bien?

Frankie no contestó.

La figura se enderezó; no era muy alta. Tenía un sombrero verde, y el ala le cubría la frente: yo no podía verle la cara. Lo único que podía ver con claridad era la vara que tenía en la mano.

Corrí hacia Frankie y la figura tenebrosa agitó la vara con furia. Algo repiqueteo adentro. La figura dejó escapar un grito y se perdió en la oscuridad.

-Frankie, ¿estás bien? -pregunté-, ¿quién era ese?

-No sé, un chico -gruñó Frankie-. ¡Dios mío! ¡Con qué fuerza me tiró! -Se paró y se frotó el brazo.

Los cuatro caminamos apiñados por Fear Street para volver a casa.

-Me dijo algo extraño -comenzó Frankie-; era algo así como "Sacudimos la calavera...". No, así no era.

Frunció el entrecejo, esforzándose por recordar.

-Ya sé: "Sacudimos la calavera con ojos que brillan".

-Eso no tiene ningún sentido -dijo Jeff. Frankie se encogió de hombros. -Al menos, así sonó.

-No puede ser que haya dicho eso. Tal vez dijo algo así como "Perdón por la sacudida” -sugirió Louisa.

-No. Eso no es lo que dijo. -Frankie sonó categórico.

Pero Louisa no se dio por vencida.

-Tal vez, la parte de la calavera era que esperaba que no te hubieses roto la cadera.

Frankie gruñó.

-Louisa, ¿me haces un favor?, deja de adivinar.

No volvimos a hablar hasta que llegamos a la casa de Frankie. Había que admitirlo: las explicaciones de Louisa dejaban bastante que desear.

Frankie se detuvo en el porche de su casa.

-Escuchen -dijo-, lamento haberlos metido en problemas.

A la luz del porche, noté que Frankie estaba bastante golpeado. Una parte de la cara, la que había dado contra el piso, se le había despellejado. Y tenía un extraño moretón oscuro arriba de la muñeca. Parecía que tenía forma de flor, o algo así.

-Frankie, ese moretón... -Le señalé el brazo.

-Tiene forma de... de trébol -descubrí de pronto.

-¿De trébol? -Frankie observó el moretón.

-¿Qué quieres decir?

-El trébol, la figura de los naipes -expliqué-, como piques o corazones.

-¿Qué? -Se me quedó mirando.

-Brit, me parece que se te aflojó un tornillo -me dijo Louisa.

Tal vez. Pero yo no estaba tan segura.

Primero, había sido el horrible bufón. Ahora, la marca con forma de trébol en el brazo de Frankie. ¿Me lo estaba imaginando todo porque no me gustaban los naipes?

¿O estaba pasando algo?

¿Algo malo, tal vez?

6

-¡Verdad o consecuencia! -me desafió Louisa un lunes en la cafetería-. ¿Frankie te parece lindo?

-Spike es lindo -contesté, recordándole lo que había dicho sobre el ratón-. Frankie es... interesante.

-Es lindo -me dijo Louisa-, pero le vendría bien un corte de pelo.

-Tú siempre quieres arreglarle el pelo a todo el mundo -exclamé.

Miré el reloj. Uy, no, ¡llegaba tarde! Me levanté de un salto.

-¡Eh!, ¿adónde vas? -preguntó Louisa. -¡Casi me olvido! Tengo que encontrarme con Frankie -expliqué-. El señor Emerson nos pidió que colgáramos un afiche del club de servicio comunitario. La hora del almuerzo es el único momento en que podemos hacerlo.

-Tú y Frankie, ¿eh? -Louisa arqueó varias veces las cejas, cargándome.

Revoleé los ojos.

-Louisa, ¡basta! Nos vemos en mi armario a la salida ¿sí? -Recogí mis útiles.

-Bueno -asintió Louisa-, mándale un saludo a Frankie de mi parte.

Salí disparando de la cafetería. En el corredor principal, alcancé a ver a Frankie caminando con el director. El señor Emerson tenía un gran rollo de papel afiche bajo el brazo. Me apuré a reunirme con ellos.

-Brittany. -El señor Emerson sonrió.

-La mamá de Max me contó sobre la visita que le hicieron a su hijo el sábado. Parece que Max estaba muy contento. ¡Los felicito! Tal vez sus visitas lo ayuden a recuperarse.

-Ojalá que sí -dije-. Yo realmente quería que Max se sintiera mejor, pero, además, tenía otra razón: entre Max y mi hermano, ¡ya me tenían harta con los naipes!

El señor Emerson nos mostró el lugar donde quería que colgáramos el afiche. Después, me dio un rollo de cinta adhesiva.

-El señor Stock, de mantenimiento, la puso aquí para ustedes -dijo, señalando una escalera de cinco peldaños-. Si se les acaba la cinta adhesiva, sobre mi escritorio tengo otra. Pueden empezar.-Después, se marchó.

-Bueno, veamos a qué altura puedo colgar esto. -Frankie comenzó a subir los peldaños con el afiche bajo el brazo.

-Yo puedo hacer rollitos de cinta adhesiva -ofrecí-. Y tú los pegas debajo del afiche, así la cinta no se ve.

Empecé a cortar tiras de cinta y a enrollarlas con la parte adhesiva para el lado de afuera.

Cuando Frankie llegó al cuarto peldaño, se agachó para pedirme un poco de cinta.

Se la di... y reparé en su brazo.

-¡Frankie! -exclamé-, ¡ese moretón!

El moretón se había oscurecido; su contorno estaba más marcado. Ahora era exactamente igual a un trébol de tres hojas, a la figura de los naipes.

-Sí, es raro. -Frankie tomó la cinta.

-Además, ¿sabes qué? No me duele, Los moretones siempre duelen, pero éste, no.

Los dos nos quedamos mirando la extraña marca que tenía Frankie en el brazo.

-Tal vez es tierra -dije.

-Eso es lo que yo pensé -contestó--, pero la froté y no sale.

Si no es un moretón y no es tierra, entonces ¿qué es?, me pregunté, mientras hacía rollitos de cinta adhesiva.

En ese momento, se me terminó la cinta.

-Eh, Frankie, ¡quédate aquí! -ordené-. Se nos acabó la cinta.

Doblé de prisa por el pasillo hasta llegar a la oficina del señor Emerson, donde había otro rollo de cinta. Al entrar, oí un zumbido. ¿La computadora había quedado prendida?

Me fijé. No.

¿Era un ventilador? No.

Me encogí de hombros y salí de la oficina.

En el pasillo, también se oía ese sonido. Pero ya no era un zumbido, sino un chillido.

De pronto, me vinieron a la mente los gatos de la señora Morter, chillando y gruñendo. Qué pensamiento más extraño.

Mientras avanzaba por el pasillo, aumentaba el volumen del sonido.

Ahora no se parecía tanto a un chillido, sino más bien a un repiqueteo.

Igual al sonido que escuchamos anoche en Fear Street.

Caminé de prisa por el pasillo.

El repiqueteo se hizo más fuerte.

Empecé a correr.

-¡Frankie! -lo llamé.

Frankie no respondió.

En ese momento, oí un estruendo.

¡Y un grito espantoso!

-¡Frankie! -grité-, ¿estás bien? ¡Frankie!

7

Di vuelta por el pasillo a toda velocidad y me paré en seco.

-¡Ay, no! -Empezaron a temblarme las piernas.

-¡Frankie! ¿Qué pasó?

Frankie estaba tirado en el piso.

La escalera estaba arriba de él.

El afiche le cubría el cuerpo.

-¿Estás bien? -Le quité la escalera de encima.

Pero Frankie no me respondió, ni se movió. Arranqué algunos pedazos del pesado afiche. -¡Frankie, di algo!

Frankie emitió un gemido. Respiré, aliviada. -¿Qué pasó? -le pregunté cuando se incorporó.

-No sé. Todo pasó en un segundo. -Sacudió la cabeza y luego agregó en voz baja:

-Pero yo no me caí.

-¿Qué quieres decir?

' Primero oí un sonido. Un... repiqueteo.

¡Él también lo había oído! ¡Entonces no fue producto de mi imaginación!

-Después -continuó-, dos chicos pasaron zumbando por el pasillo. Eran chiquitos, como de segundo grado. Empujaron la escalera, y uno de ellos dijo algo...

-Frankie -interrumpí-, el sonido ése... ¿era el mismo que oímos la otra noche en Fear Street?

-Sí. ¡El mismo!

Mi amigo se quedó un segundo con la mirada perdida.

Le pasé una mano por delante de la cara.

-¿Te acuerdas algo de los chicos que empujaron la escalera? ¿Algo que hayan dicho, o lo que tenían puesto?

-Pasaron como un rayo y.. espera un segundo. Sí, me acuerdo de algo. Tenían unos sombreros raros.

No sé por qué pero, de pronto, me vino otra vez a la mente la señora Morter. La señora Morter... con el pañuelo verde atado en la cabeza. Sí, ella misma... que nos gritaba. Nos amenazaba con que se la íbamos a pagar.

Frankie se encogió de hombros.

-Bueno, lo importante es que estoy bien. Limpiamos el desastre que había en el suelo.

Después tendríamos que explicarle al señor Emerson por qué se había roto el afiche.

Mientras íbamos a nuestra próxima clase, Frankie todavía se sentía un poco aturdido. Tenía la mirada perdida, como si tratara de acordarse de algo.

Se detuvo.

-Uno de los chicos que tiró la escalera dijo: "Somos los que te marcan, entre gritos y risas". ¡Qué raro! ¿No?

Respiré profundamente. De verdad era raro.

-¿Y anoche? ¿Te acuerdas qué dijo ese chico en Fear Street? -le pregunté.

-"Sacudimos calaveras con ojos que brillan." -¡Eh! -exclamé-. Eso rima. "¡Sacudimos calaveras con ojos que brillan! ¡Somos los que te marcan, entre gritos y risas!" ¿Ves? Son versos de alguna estrofa.

Sonó el timbre. Todos los chicos salieron de las aulas y nos empujaron. Pero Frankie y yo nos quedamos parados, mirándonos.

-Aquí pasa algo muy extraño -dije por fin. Frankie levantó la mano y se tocó el chichón que le había salido en la frente.

Cuando vi su brazo, me quedé helada.

-¿Qué pasa? -preguntó mi amigo-, ¿qué pasa?

Abrí la boca, pero no me salían las palabras.

-¡Basta, Brit! ¡Di algo!

Lo único que atiné a hacer fue señalar su brazo.

Tenía otra marca. Arriba del trébol.

Pero ésta no era negra. Era roja.

Y tenía una forma que yo conocía. La forma perfecta de un diamante.

8

-Pa... parece un diamante -susurró Frankie con los Ojos clavados en esa figura misteriosa que tenlo en el brazo.

Pasé el dedo por el trébol y el diamante. Eran suaves.

-Son como tatuajes -dije.

-Sí, como tatuajes, pero yo no me hice ningún tatuaje. Entonces, ¿cómo aparecieron en mi brazo?

Ninguno de los dos lo sabía.

Esa tarde, los cuatro fuimos de nuevo a casa de Max.

Yo esperaba que, en el camino, Frankie les hablara a Louisa y Jeff de la caída o de la marca en forma de diamante. Pero no dijo ni una palabra. Quizá trataba de olvidarse.

-¿Qué hacemos hoy con Max? -preguntó Louisa.

-Pensemos algo nuevo -sugerí-. No juguemos siempre a los naipes.

-¿A qué otra cosa se puede jugar con un chico enfermo? -dijo Jeff-. ¿Al fútbol?

-No -contesté-, pero podemos probar con el Pietionary o el Serabble. ¡Hasta jugaría al Ludo! A cualquier cosa menos a los naipes.

-Ay, Brittany -replicó Jeff-. Es por unas horas, nada más.

Miré a Frankie. ¿Por qué no decía nada? ¿Por qué no hablaba de las marcas? Tenía más razones que yo para estar harto de las barajas.

Bueno, él si quería podía quedarse callado. Pero yo algo tenía que decir.

-Frankie, ¿todavía tienes esas marcas en el brazo? -pregunté.

-¿Qué marcas? -quiso saber Louisa.

Frankie se levantó la manga de la camisa. Estaban ahí.

-¿Las ves, Louisa? -le pregunté-. ¿Ves un trébol y un diamante?

Louisa esforzó la vista.

-Sí, creo que sí. Me parece que distingo las formas.

-Ustedes están locos -dijo Jeff-. Uno es un moretón oscuro y el otro es un raspón colorado, nada más.

-Tiene razón -contestó Frankie y se apuró a bajarse la manga-. No es nada.

Me quedé mirándolo sin saber qué decir.

No había duda de que esas marcas eran un trébol y un diamante.

Frankie sabía que eran extrañas, que no eran un moretón y un raspón, y que cada una le había aparecido después de que alguien lo había empujado. ¡Habíamos hablado de eso! ¿Por qué ahora lo negaba?

Dimos vuelta la esquina. Ahí estaba la casa siniestra de la señora Morter.

Sentí un escalofrío cuando pensé en cómo me había gritado.

Dijo que se las pagaríamos. ¿Qué quiso decir?

Nos detuvimos en la entrada y miramos el jardín. No había rastros de la bruja. Seguramente estaba en la cocina, revolviendo alguna extraña pócima.

Pero sus gatos acechaban por todas partes: bajo los arbustos, entre la maleza, alrededor de la fuente... observando con ojos hambrientos a los pájaros que allí se bañaban.

-Tendríamos que hacer algo para ayudar a esos pobres pajaritos -dijo Frankle de pronto. Su voz tenía un tono malévolo.

-¡Vamos! -Abrió la puerta y entró corriendo en el jardín.

Jeff gruñó.

Frankie se detuvo y se dio vuelta para mirarnos. Tenía una sonrisa maligna. Con un gesto, nos indicó que entráramos.

-¿Qué te parece, Brit? -susurró Louisa-. ¿Vamos?

-No sé -respondí, mordiéndome el labio-. La señora Morter ya está bastante enojada con nosotros.

-Yo no voy -declaró Jeff-. Prefiero tomar el camino largo. Nos vemos en lo de Max. -Se dio vuelta y enfiló hacia Fear Street.

Frankie desapareció por el costado de la casa. -Brit, tenemos que sacar a Frankie de ahí -susurró Louisa-. ¡Antes de que lo vea la señora Muerte!

-Sí. -La tomé del brazo. -¡Vamos! Cruzamos corriendo el portón.

El corazón me latía con furia mientras corríamos por el jardín. Los gatos negros se apartaban de nosotras con chillidos hostiles.

De pronto vi a Frankie parado sobre unos macetones con geranios. Cuando me vio, levantó la planta más grande y salió corriendo con la maceta en los brazos.

-¡Frankie! -lo llamé en un susurro-. ¿Qué haces?

Mi amigo no respondió. Siguió corriendo. Después arrojó la maceta, con flores y todo, en medio de la fuente. La maceta se estrelló con un estruendo horrible.

-¡Ya está! -gritó a viva voz-. ¡Ahora los pajaritos están fuera de peligro!

Gemí. ¿Por qué hizo eso?

-¿Estás loco? -lo retó Louisa-. ¡Vamos, Brit! ¡Salgamos de este lugar!

-¡Qué lástima, mininos! -gritó Frankie-. Se quedaron sin pajaritos. ¡Vuelen, pájaros! ¡Aléjense volando!

Corrió por todo el parque, agitando los brazos.

-Ahora están a salvo.

-¡Pero ustedes, no! - bramó una voz a nuestra espalda.

Pegué un grito.

Di vuelta la cabeza.

¡La señora Morter! -Se lo advertí -gritó- ¡Ahora me las pagarán!

9

La señora Morter dio un paso hacia nosotros. El pañuelo verde que llevaba en la cabeza se agitaba con el viento.

-¡Tú! -gritó.

¿Me señalaba a mí?

-¡Corramos! -ordené -, ¡huyamos de aquí! Louisa, Frankie y yo salimos disparando del jardín. No paramos de correr hasta que no llegamos a casa de Max.

Estiré los brazos y me frené en el tronco de un árbol, tratando de recuperar el aliento.

-¿Vieron la mirada espantosa que tenía? -pregunté.

-Sí. -A Louisa le temblaba la voz. -¡Tengo miedo, Brit! Tendríamos que contarle a la mamá de Max lo que pasó.

Jeff estaba parado en la escalera de la entrada, lo más campante. Cuando nos vio, se dio vuelta y tocó el timbre.

La mamá de Max abrió la puerta. Tenía puesta una camisa verde claro y pantalones oscuros.

-¡Hola, chicos! Pasen. Max está muy ansioso por jugar hoy. Tiene todos los naipes mezclados.

-Señora, tenemos que hablar con usted -dijo Louisa.

-Cómo no -respondió ella con cara de preocupación-. ¿Hay algún problema?

-¿Conoce la casa que queda justo detrás de la suya? -preguntó Louisa cuando entramos en el living.

La señora Davidson asintió con la cabeza: -La casa de los Morter.

-¡La señora Morter es malvada! -estallé-. ¡Es una bruja!

-¡Ay, pobre mujer! No es mala. Lo que pasa es que no cuida mucho su aspecto.

-Pero todo lo que se cuenta sobre ella... -comencé a decir.

La señora Davidson sacudió la cabeza.

-No tienen que creer esas historias. ¡Son muy tontas! Sobre todo, la de los chicos que se metieron sin permiso en su jardín.

-¿Qué chicos? -preguntó Louisa-. Nunca oí hablar de eso.

-Ah, no es más que un rumor absurdo. -La señora frunció un poco el entrecejo.

-No tendría que repetirla. Son rumores muy crueles.

-¡Por favor, cuéntenos! -rogué-. ¡Por favor!

-Bueno, está bien. -Suspiró. -Pero acuérdense de que no es más que una historia. Una tonta historia.

Yo no estaba muy segura de eso. En absoluto

-Se dice que, un día -comenzó a relatar-, cuatro chicos se metieron en el jardín de la señora Morter. Tenían siete u ocho años nada más: no sabían lo que hacían. Parece que le pisaron las plantas. Cuando ella vio lo que habían hecho, dicen que se enfureció tanto que les echó un maleficio.

-¿Un maleficio? -El corazón se me salía del pecho. -¿Qué tipo de maleficio?

-Ay, es una tontería. No tiene sentido ni que la cuente.

La señora Davidson caminó hacia la puerta. -Vamos con Max -dijo.

-¡No! -gritó-. Digo, por favor, cuéntenos cómo terminó el asunto, por favor. La mujer nos miró, uno por uno. -Está bien. Supongo que a todo el mundo le gusta escuchar un cuento de terror de vez en cuando. Pero recuerden: no es más que un cuento.

Todos asentimos con la cabeza, muertos de curiosidad, pero también de miedo.

-La señora Morter los persiguió y los chicos se escaparon. Pero, a partir de ese momento, empezaron a ver unos seres pequeños que los seguían por todas partes y los atacaban cuando menos lo esperaban.

A Frankie se le fue el color de la cara. Parecía aterrorizado.

Yo me quedé helada.

-¡Ay, chicos! Es una tonta historia, nada más. -La mamá de Max sacudió la cabeza. -No tienen nada por qué preocuparse.

-Sí que tenemos -exclamó Louisa.-. Entramos en el jardín de la señora Morter y Frankie le tiró la carretilla al suelo y le hizo pedazos una maceta enorme contra la fuente.

Miré a Frankie, que ahora tenia una sonrisa extraña.

-Les dije que no era más que una tonta historia -repitió la mamá de Max, tratando de calmarnos-. No les pasará nada malo.

Nos quedamos mirándola en silencio. Todos parecíamos bastante asustados. Todos excepto Jeff, que seguía lo más tranquilo, como pensando: "Se lo dije".

-Escuchen. -La señora Davidson rompió el silencio. -¿Qué les parece si llamo por teléfono a la señora Morter y le digo que ustedes le piden perdón por haberle roto la planta? Le diré lo buenos que son con Max. Seguro que así se le pasará el enojo.

-¿Ay, haría eso? -exclamé, aliviada. -Ahora mismo. -Se levantó, fue hasta la cocina y cerró la puerta.

Pronto la oí hablar. No podía distinguir lo que decía, pero el sonido de su voz hizo que me volviera el alma al cuerpo.

La mamá de Max regresó, sonriente.

-Le expliqué a la señora que ustedes no tenían malas intenciones. Y le conté todo lo que ayudaron a Max con sus visitas.

-¿Si... sigue enojada con nosotros? -balbuceé.

-Bueno, sí -admitió-. Pero no se preocupen. Se le pasará. Me ofrecí a pagarle la planta, pero no quiso saber nada. Después le prometí que ustedes no volverían a hacer algo así nunca más. Ahora, vayan: ¡su amigo los espera!

Seguí a los chicos hasta la habitación de Max, contenta de que la señora Davidson hubiera llamado a su vecina. Aunque la señora Morter todavía estaba enojada, yo me sentía un poco mejor. Por lo menos, ella sabía que estábamos arrepentidos.

Max estaba sentado a la mesa mezclando los naipes. Cuando entramos en su habitación, levantó la vista. Sus ojeras parecían más oscuras que nunca.

-¡Hola, Max!

Me senté en una silla, a su lado, y me incliné hacia él.

-Escucha -susurré-, ¿no podríamos jugar a otra cosa?

Max me miró con sus ojos azul claro y negó con la cabeza.

-No, juguemos a los naipes. Para eso vienen.

-No venimos a jugar a los naipes, Max. Venimos a visitarte porque estás enfermo -le dije-. ¿No podemos jugar a otra cosa? No me gustan mucho las barajas.

En los labios de Max, apareció una sonrisa. Pero me acercó el mazo para que cortara.

Cuando empezó a repartir, me pareció oírlo susurrar: "A mí tampoco". Pero cuando lo miré, estaba concentrado, repartiendo.

No levantamos los naipes hasta que no se terminó de repartirles a todos. La mamá de Max decía que eso era saber jugar.

Miré una carta a la vez. Había mirado la mitad de los naipes cuando lo oí:

Un grito desgarrador.

Tan fuerte que tiré los naipes y me tapé los oídos.

El grito seguía y seguía, cada vez más fuerte.

Luego, súbitamente, se interrumpió. Ahora a la única que oía era a Louisa

-¡No! -gritaba mi amiga-, ¡sáquenmelo! Arrojó con violencia un naipe, que cayó sobre la mesa, boca arriba. Todos lo miramos.

¡Era otro horrible comodín! Pero éste era diferente del que le había tocado a Frankie, pues tenía la cara de un bufón de piel verde y ojos pequeños, inyectados de sangre. La boca se curvaba hacia abajo en una mueca hostil.

El bufón tenía puesto el mismo sombrero verde con cascabeles en las puntas y, en la mano, tenía la misma vara: ¡con una calavera en el extremo y ojos horribles que brillaban!

Yo no podía despegar la vista de esa cara horrenda.

Mientras la miraba... ¡la boca de pronto empezó a moverse!

La mueca hostil se transformó en una sonrisa cruel. Los ojos pequeños se pusieron a girar descontroladamente dentro de sus órbitas.

Después, el bufón abrió la boca y soltó otro grito aterrador.

10

La señora Davidson entró corriendo en la habitación de Max.

-¿Qué pasa? -exclamó-, ¿quién dio ese grito?

-¡Fue eso! -gimió Louisa, señalando el naipe.

-¿El comodín? ¿Dices que gritó la carta? Louisa asintió con la cabeza.

-¡Qué tontería! Saben que eso es imposible. Lo que pasa es que están impresionados porque el bufón es muy feo.

La mamá de Max se metió el naipe en el bolsillo. Luego, tomó el mazo.

-No sé cómo apareció ahí. Yo misma saqué todos lo s comodines. Disculpen, parece que éste se me escapó.

Espié por sobre su hombro mientras ella revisaba los naipes uno por uno.

-Está bien, no hay más comodines. Ya no queda ni uno. -Sonrió y le entregó el mazo a Max.

-No quiero jugar más -dijo Louisa en cuanto se fue la señora-. Por favor, Max, juguemos a otra cosa.

Max no le prestó atención. Mezcló un poco, le pidió a Jeff que cortara y repartió. Tomamos los naipes. No nos quedaba más remedio.

Al instante, ¡empezó el alarido! -¡Sáquenmelo!

Louisa tiró los naipes sobre la mesa y se paró de un salto.

-¡Está aquí, gritando!

¡Ahí estaba!

Sobre la mesa.

¡El comodín!

¡Gritaba!

Miré la cara horrenda del bufón. Observé la boca espantosa que soltaba ese grito desgarrador.

¿Cómo podía ser? ¿Cómo había vuelto al mazo?

¿Cómo podía ser que gritara?

¿Cómo podía ser que una carta gritara? Súbitamente, el naipe hizo silencio otra vez. Observé a Louisa, a Jeff, a Frankie.

Louisa y Jeff miraban el comodín, horrorizados.

La mirada de Frankie era tranquila, casi divertida.

Después oí un sonido.

¡Sssss!

Miré hacia la ventana.

Un gato negro se había acurrucado en el alféizar de la ventana de Max.

Recorrió la habitación con la mirada... hasta que sus ojos se posaron en mí. Ojos verdes que brillaban con maldad.

Entonces me di cuenta.

-¡Es la señora Morter! -exclamé, tirando mis naipes-. Es ella la que hace aparecer los comodines. ¡Es ella la que los hace gritar!

Todos se quedaron mirándome.

Luego Frankie empezó a reírse como loco. -¡No es gracioso! -gruñí-. ¡Es verdad! Uno de sus gatos está aquí en este momento. ¡Miren! -Señalé la ventana.

Pero el gato había desaparecido.

-¡Estaba ahí! ¿Ninguno de ustedes lo vio? Jeff, Louisa y Max negaron con la cabeza. Frankie empezó a reírse otra vez.

-Estoy convencida de que la señora Morter tiene algo que ver con esto -insistí.

La mamá de Max entró en la habitación y recogió el comodín de la mesa.

-Qué barbaridad. Seguramente se quedaron pegados dos naipes -dijo con voz suave.

Miró a Louisa.

-¿Gritaste tú, querida? ¿Gritaste por culpa de este naipe tan horrible?

La señora Davidson observó la carta y se estremeció.

-Te comprendo.

-Yo... yo no grité -balbuceó Louisa-. ¡Fue el naipe el que gritó! ¡Fue el naipe!

-¡Qué imaginación tienen los chicos!

La mamá de Max sonrió, sacudió la cabeza y se fue.

-¡Ustedes lo oyeron! -exclamó Louisa-. Ustedes lo oyeron gritar, ¿no? -preguntó a Frankie y a Jeff.

-Sí, claro -se rió Jeff-. Un naipe que grita. Qué buen chiste, Louisa.

Frankie parecía dudar.

-Es imposible, pero... -No terminó la frase.

-¿Y tú, Max? -preguntó Louisa-. Lo oíste, ¿no?

-Oí los gritos -dijo Max con voz sin matices-. Tus gritos.

Pero Louisa no había gritado. Yo estaba segura.

Era el comodín, por efecto de la magia siniestra de la señora Morter. De eso también estaba segura.

De algún modo... de alguna manera... tenía que demostrarlo.

-Gracias por acompañarme a casa, Brit -dijo Louisa después de que nos fuimos de lo de Max.

Estábamos en la cocina, buscando algo para comer.

-La reunión de mi mamá termina a las ocho. Después de lo que pasó esta tarde, me daba mucho miedo entrar sola en la casa oscura y vacía.

Le conté a Louisa cómo Fránkie se había caído de la escalera y le había salido la marca con forma de diamante en el brazo.

-¿Qué hacemos ahora? -le pregunté-. La señora Morter anda detrás de todo esto. Estoy segura.

Mi amiga se puso pálida como un papel.

-No quiero hablar más del tema -dijo-. Es demasiado terrorífico. Miremos una revista nueva que tengo.

Subió la escalera corriendo para buscar la revista, que estaba en su habitación.

Abrí un envase de yogur. Comí un poco y.. me quedé petrificada.

¡Ssss!

Escuché con más atención.

¡Sssss!

De nuevo ese sonido. Venía de arriba.

Se hacía más fuerte.

Me paré de un salto y corrí hacia la escalera. El chillido se convirtió en un fuerte repiqueteo.

¡Louisa! -exclamé,

Louisa respondió... ¡con un grito de horror! Empecé a subir la escalera a toda velocidad. De pronto, vi bajar a mi amiga... rodando.

-¡Louisa! -grité cuando se me vino encima. Mareada, hice un esfuerzo por sentarme... y vi tres figuras pequeñas. Todas vestidas de negro, salvo por los sombreros, que eran verdes.

Bajaron las escaleras zumbando, saltaron por sobre nosotras, abrieron de un tirón la puerta principal y se alejaron corriendo en la oscuridad.

11

-Aaayyy -gimió Louisa-. Me... me lastimé el tobillo.

La ayudé a ponerse de pie. Fue rengueando hasta el living y se dejó caer en el sofá.

Corrí hasta la puerta y la cerré de un golpe. Me aseguré de dejarla bien trabada.

-Esos seres... aparecieron de la nada. De pronto estaban ahí... ¡a mi lado!

-Yo... yo también los vi -dije con voz temblorosa.

-Se me abalanzaron. ¡Me empujaron por la escalera!

-Es la señora Morter -susurré-. Es la brujería de la señora Morter. Esto es idéntico a la historia que nos contó la mamá de Max. Igual a lo que les pasó a esos chiquitos. ¡Qué horrible!

Es más que horrible -sollozó Louisa-. Uno de esos ... uno de esos seres me dijo algo.

-¿Qué te dijo? ¿Qué te dijo, Louisa?

Mi amiga cerró los ojos y repitió lo que había oído:

-"Su ejército se agranda cada día más." Sí, era así.

Su ejército se agranda cada día más. Repetí las palabras en silencio. ¿Qué significaban?

-¡Tengo miedo, Brittany! -Louisa se tapó la cara con las manos. Me quedé helada.

-¡Louisa! ¡Tu brazo!

Mi amiga se miró el brazo izquierdo. -¡No! -gritó-. ¡No!

Tenía un moretón, un moretón en forma de trébol negro.

Empezó a frotarlo con furia, tratando de hacerlo desaparecer. Pero el trébol no se borraba, como si estuviera tatuado en su piel para siempre.

Fui corriendo a la cocina a buscar lápiz y papel. Anoté lo que le habían dicho a Frankie esos chicos y después anoté lo que Louisa había oído.

-Escucha esto. -Leí:

"Sacudimos calaveras con ojos que brillan
Somos los que te marcan, entre gritos y risas
Su ejército se agranda cada día más".

-¡Es otro verso! -decidí.

Mi amiga se encogió de hombros. -No entiendo lo que significa.

-Yo tampoco. ¡Pero estoy segura de que algún significado tiene!

Miré lo que había escrito.

-A ver.. calaveras. Hay una calavera en la base de la fuente de la señora Morter. ¿Viste?

Louisa negó con la cabeza.

-Bueno, está ahí. Quizás, a la noche, le brillan los ojos.

-Espera. -Mi amiga tenía la mirada perdida. Trataba de acordarse de algo.

-El comodín tenía una vara... ¡y arriba de la vara había una calavera!

-¡Claro! -Chasqueé los dedos. -¡Y la calavera tenía ojos extraños, que brillaban!

Ahora empezaba a armarse el rompecabezas. Leí el segundo verso:

-Somos los que te marcan, entre gritos y risas. Seguramente, las marcas son los tréboles y los diamantes.

Las piezas empezaban a encajar.

-La primera vez que fuimos a lo de Max, a Frankie le tocó un comodín -murmuré, tratando de recordar-. Después, cuando volvíamos a nuestras casas, oímos un chillido y un repiqueteo... y un grito. Después, lo empujaron a Frankie, y luego vimos que tenía un trébol en el brazo.

Louisa asintió con la cabeza.

-Hoy, el comodín te tocó a ti -continué-. Después, oímos los mismos ruidos extraños y un grito... y te empujaron a ti.

-Pero, ¿por qué? -susurró mi amiga-. ¿Por qué nos pasa esto a nosotros?

-¡Es la señora Morter! ¡Nos echó un maleficio! Dijo que se las pagaríamos porque le arruinamos las plantas. Esa mujer es diabólica. ¡Es diabólica en serio!

Louisa contrajo los músculos de la cara como si estuviera a punto de llorar.

-¿Y ahora qué hacemos?

-Tenemos que detenerla.

-¿Cómo?

-No sé -admití-. Pero ya se me ocurrirá algún plan.

En ese momento, llegó la mamá de Louisa. Yo me fui enseguida.

Vivimos las dos en la misma cuadra. Empecé a caminar hacia mi casa, en la oscuridad. Esa parte de la calle es muy arbolada y hay mucho espacio entre las casas.

Apuré el paso y vi algo que se movía entre los árboles.

Oí ruidos de hojas. Y un grito agudo.

Horrorizada, miré hacia un costado.

Algo se movía detrás de un arbusto. ¡Algo verde!

Entonces, lo vi: era la punta de un sombrero verde.

Mientras yo miraba aterrorizada, el sombrero verde se elevó. Salió de atrás de los arbustos.

No, no era un sombrero.

Era un pañuelo, ¡el pañuelo verde de la señora Morter!

Ella me miró con una sonrisa muy extraña. Una sonrisa totalmente maligna.

12

-¡Qué suerte que hoy es sábado! -exclamé cuando le pasé la pelota de básquet a Jeff-. No tenemos que ir a lo de Max a jugar a los naipes.

Estábamos jugando en el jardín de mi casa, Louisa y Frankie contra Jeff y yo. Jeff me devolvió la pelota.

-Descansemos un poco -sugirió Louisa-. Está empezando a dolerme el tobillo.

Nos sentamos alrededor de la mesa. Mi casa se levanta en la cima de una loma alta y empinada. Nos quedamos contemplando un minuto la vista de Shadyside

-Nos quedan tres visitas a Max y listo -dije por fin.

Jeff me miró. -Max es bueno. ¿Por qué no te cae bien? -Sí que me cae bien -repliqué-. ¡Lo que pasa es que no quiero jugar más a los naipes! Dudé un instante. Luego, dije lo que realmente pensaba. Desde que había visto a la señora Morter en la calle, había tratado de idear un plan. Ésa era mi oportunidad de contárselo a todos.

-Pienso que tenemos que entrar a escondidas en la casa de esa mujer y buscar alguna prueba de que es ella la que está detrás de los bufones -anuncié.

Jeff negó con la cabeza.

-La señora Morter no puede ni matar una mosca.

Su actitud empezaba a molestarme en serio.

-¿Y tú qué sabes, Jeff -Me crucé de brazos. -¿Por qué la defiendes tanto? ¿Sabes algo que nosotros no sepamos?

Jeff resopló. Levantó la pelota de básquet y la arrojó al aro con furia. La pelota rebotó contra el tablero con tanta fuerza que salió volando del jardín.

-¡Yo la busco! -Frankie se paró de un salto y corrió colina abajo. Lo perdimos de vista.

-Perdón -masculló Jeff.

Se sentó de nuevo en el banco y se miró los pies con cara de preocupación.

-Miren, si de veras quieren saber.. -¡Shhh! -lo interrumpió Louisa-. ¡Escuchen!

Entonces lo oí.

Sssss.

Salté de mi asiento. -¡El chillido!

Empecé a girar. Buscaba con desesperación un gato negro o un chico con un sombrero verde.

No vi ninguna de las dos cosas. Entonces me di cuenta. -¡Frankie! -grité.

Bajé la colina a las disparadas, seguida por Jeff.

El chillido se hizo más fuerte. Luego empezó el repiqueteo.

Al pie de la colina, aparecieron desde una calle lateral cuatro chicos en bicicleta.

Cuatro nenitos, todos vestidos de negro, con sombreros verdes de arlequín.

Esos sombreros... Ahora entendía.

No son chicos, me di cuenta con horror.

-¿Qué hacen aquí esos chicos? -preguntó Jeff.

-¡Esos no son chicos! -exclamé, aumentando la velocidad-. ¿No ves? ¡Son bufones! ¡Son los bufones de los comodines!

Mis zapatillas echaban chispas mientras bajaba la colina a toda carrera.

Me puse las manos alrededor de la boca en forma de bocina y traté de advertirle a Frankie.

-¡Cuidado! -grité. Pero mi amigo perseguía la pelota al pie de la loma.

No me oyó.

Ni vio los bufones que iban directamente hacia él.

El chillido y el repiqueteo se hicieron más intensos.

Frankie se agachó para levantar la pelota. Un fuerte rugido llenó el aire. ¿Venía de los bufones?

¡No! Era un camión enorme que avanzaba por la ruta.

Los bufones también lo oyeron. Pedalearon con más ímpetu y se abalanzaron sobre Frankie.

Mi amigo voló por el aire, aterrizó en la calle y se quedó inmóvil.

El conductor del camión tendría que haber pisado los frenos, pero no lo hizo.

Aumentó la velocidad.

-¡Noooooo! -grité.

El camión iba directamente hacia Frankie ¡y él no se movía!

13

Me quedé petrificada, mirando cómo el camión iba directamente hacia Frankie.

De pronto, el camión empezó a frenar con un chirrido.

¡El conductor había visto a nuestro amigo y trataba de detener el enorme vehículo!

Las ruedas chillaron al deslizarse por el pavimento, y el camión frenó, a sólo un paso de Frankie.

El camionero abrió de golpe la puerta y corrió hacia nuestro amigo; Jeff y yo llegamos al mismo tiempo que él. Los tres nos arrodillamos junto a Frankie.

Frankie estaba desmayado, pero respiraba. -¿Qué le pasó? -preguntó el conductor. Era un hombre enorme y musculoso.

-Lo atropelló una bicicleta -explicó Jeff. En ese momento, Frankie abrió los ojos. Lanzó un gemido y se sentó.

-Dios mío, me salvé por un pelo. -El conductor sacudió la cabeza.

Frankie no quiso que llamáramos a una ambulancia. El hombre se aseguró de que Frankie estuviera bien y luego se marchó.

Jeff y yo ayudamos a nuestro amigo a levantarse. Cuando lo llevábamos hacia la acera, vimos a Louisa que venía rengueando.

-¿Qué Pasó? -preguntó a los gritos.

-¡Los bufones atacaron a Frankie de nuevo! -le contesté-, y ¡después casi lo atropella un camión!

-¡Frankie, mi brazo! -Louisa se tapó la boca con las manos.

Todos miramos el brazo izquierdo de Frankie... y contuvimos el aliento.

Al lado del trébol y el diamante, había otra figura.

Era un pique.

Me di vuelta para mirar a Jeff a la cara. -¿Ahora las ves? -le grité.

Jeff no respondió, pero, del susto, abrió los ojos de par en par.

-Me falta nada más que el corazón.-Frankie habló con voz muy baja, y después se pasó el dedo por el pique.

-¿Los bufones te dijeron algo? -le pregunté.

-Ajá. -Frankie asintió con la cabeza.

-"A su juego jugarás y se las pagarás."

Me aferré al brazo de Louisa.

-¿Ven? ¡Es la señora Morter! ¡Eso es lo que ella dijo! ¡Nos hace pagar matándonos del susto! Escuchen:

"Sacudimos calaveras con ojos que brillan,

Somos los que te marcan, entre gritos y risas.

Su ejército se agranda cada día más,

¡A su juego jugarás y se las pagarás!”

-¿No se dan cuenta? ¡Los bufones son parte del maleficio de la señora Morteri -grité-. Seguramente, forman su ejército. Y nos siguen atacando. Cada vez más bufones. Primero fue sólo uno, pero esta vez fueron cuatro. ¡La próxima serán cinco! ¡Debemos detener a esa mujer!

-Basta -protestó Jeff-, estás equivocada, Brittany. Es lo que traté de decirte antes. Yo conozco a la señora Morter.

Abrí la boca, asombrada.

-¿La conoces? -logré decir finalmente-. ¿Por qué nunca nos lo dijiste?

Jeff se encogió de hombros. -A veces paso. por su casa, cuando hago el reparto del almacén, nada más. No la conozco mucho, pero lo suficiente como para saber que todas las historias que se cuentan son falsas. Es bastante extraña, sí, pero no es bruja. Y no creo que esté detrás de estos ataques de los bufones.

Me quedé mirándolo. ¿Cómo era posible que nunca nos hubiera dicho que conocía a la señora Morter?

Y además, ¿por qué no había cruzado el jardín de la señora con nosotros? ¿Y por qué había tardado tanto en aceptar que las marcas en el brazo de Frankie eran los palos de los naipes?

¿Estaba de nuestro lado? ¿O acaso del lado de la señora Morter?

Yo no sabía qué creer. Pero lo que había contado sobre el reparto del almacén me dio una idea.

-No sabemos si esa mujer está detrás de los bufones o no, pero lo descubriremos.

-¿Cómo? -preguntó Louisa.

-Es fácil -respondí-. Tenemos que espiaría.

14

-Bueno, éste es el plan -dije-. Jeff, el lunes, al salir de la escuela, le llevas las cosas del almacén a la señora Morter. Te ocupas de entretenerla, y mientras tanto, nosotros nos metemos disimuladamente en la casa y vemos si podemos descubrir algo sobre los bufones.

-Hay un problema -dijo Jeff-; el reparto lo hice ayer.

Yo todavía no sabía qué pensar de Jeff. Si cumplía nuestro plan, yo sabría que él estaba de nuestro lado, pero si no lo hacía, no había dudas de que estaba con la señora Morter.

-Bueno, entonces, cuándo te atiende, te haces el confundido -le respondí-. Le dices que ha habido un error, cualquier cosa, para entretenerla, así nosotros nos metemos en el porche y espiamos por las ventanas. Y tal vez nos escabullimos adentro para echar un vistazo.

Jeff suspiró.

-Me parece que este plan es una estupidez, pero está bien, haré lo que me dices. Sólo para probarles lo equivocados que están con esta señora.

El lunes me encontré con los chicos en el almacén antes de ir a la casa de Max... y a la de la señora Morter.

Pagamos las cosas del almacén entre todos, y después fuimos a cumplir con el plan.

-¿Estás listo, Jeff? -le pregunté. Nos encontrábamos frente a la casa de la señora Morter.

Jeff asintió con la cabeza. Tomó la bolsa del reparto con la otra mano, abrió el portón y fue hacia la entrada.

Tres gatos saltaron de una ventana. Dieron vueltas alrededor de Jeff y pasaron entre sus piernas.

Louisa, Frankie y yo pasamos el portón y nos escondimos tras los arbustos que había al fondo. Yo me asomé para ver a Jeff, que en ese momento tocaba el timbre.

Seguí con los ojos clavados en Jeff mientras éste tocaba el timbre una vez más.

Finalmente se dio vuelta y nos dijo: -No está.

Esto no figuraba en mis planes. La señora Morter siempre estaba en su casa cuando pasábamos.

-Bueno, ya que salió -dije, y respiré profundamente-, veamos si podemos introducirnos en la casa.

-Yo no quiero -protestó Louisa-, ¿y si nos pesca? Es muy peligroso.

-¡Vamos! -dijo Frankie, saliendo de pronto de nuestro escondite.

Atravesó el portón a los alaridos. Después corrió por el camino de entrada y trotó por el porche.

-¿Qué le pasa? Se comporta como un tonto -le susurré a Louisa mientras la arrastraba hacia el portón.

Los gatos que estaban en el jardín chillaron cuando corrimos hacia la puerta de atrás. Giré el picaporte: ¡clic!

¡Genial! ¡Estaba abierta! Entramos a hurtadillas.

Jeff cerró la puerta sin hacer ruido. Puso la bolsa del almacén sobre la mesa de la cocina.

La cocina de la señora Morter era oscura y tenía olor a humedad. El piso era de un color amarillento. Los platos sucios se amontonaban dentro de la pileta. Sobre la mesa, había una planta de lechuga marchita. Al lado... una cuchilla bien afilada.

El corazón me latía con fuerza.

¡Estábamos en casa de la bruja!

Aun en la oscuridad, podía ver los gatos.

Gatos sentados en las mesas, acurrucados en el piso, despatarrados sobre las sillas.

Gatos negros por todos lados.

-¡Yo me voy de aquí! -susurró Louisa. -¡'Tranquilízate! -le dije, tratando de conservar la calma yo también-. Unos minutos más y nos vamos. Bueno, ¡rápido! Echemos un vistazo. ¡Tratemos de descubrir todo lo que podamos y después, afuera!

Mientras Frankie y Jeff investigaban la cocina, Louisa y yo atravesamos un pasillo oscuro. Todas las puertas que daban a él estaban cerradas. Los gatos nos seguían, enredándose entre nuestros pies.

Me detuve frente a una puerta y la abrí con un crujido; era nada más que un baño.

Seguimos hasta la puerta de al lado.

-¿Y si es el dormitorio y ella está adentro? -murmuró Louisa.

Louisa me contagiaba el miedo. El corazón me latía tan fuerte que casi me impedía oírla.

Tuve que obligarme a tomar el viejo picaporte y hacerlo girar.

Empecé a abrir la puerta.

Pero de pronto aparecieron Frankie y Jeff. Frankie me empujó hacia un costado. Entró corriendo en el cuarto, riéndose a las carcajadas.

-¡Frankie!, ¿qué te pa... -comencé. Me callé.

Habíamos encontrado el dormitorio de la señora Morter.

Contra una pared, había una cama grande de cuatro postes. Frente a ella, una cómoda. En otra pared, una gran ventana y también...

¡Epa!

¡Junto a la ventana había un telescopio enorme!

Entré en la habitación.

Adentro vi más gatos negros. Estaban sentados sobre el piso y nos miraban furiosos, con sus ojos amarillos y brillosos.

Frankie miró por el telescopio. Se dio vuelta y me sonrió.

-¿Por qué no miras? -me propuso, riendo. Puse el ojo en el telescopio... y me quedé helada.

¡No lo puedo creer!

15

Veía parte de una habitación. ¡El cuarto de Max!

¡El telescopio apuntaba justo a la ventana de Max!

Retrocedí, atónita.

A su turno, Louisa miró por el telescopio. Después, alejó la cabeza con los ojos bien abiertos.

Cuando le tocó a Jeff, éste se inclinó para echar un vistazo; luego me miró.

.-Tal vez tengas razón, Bhttany -susurró-. Quizás la señora Morter sí tenga algo que ver con los bufones.

-¡Claro que tengo razón! -exclamé-. Ahora sé que nos estuvo espiando mientras jugábamos a los naipes. ¡Por eso usó los comodines para su maleficio!

-¿Qué hacemos? -preguntó Louisa.

-Tenemos la prueba que queríamos. Ahora bien...

No pude seguir hablando.

De pronto, los gatos salieron corriendo de la habitación, todos al mismo tiempo, como si alguien los hubiese llamado.

-¡Ya llegó! -chilló Louisa-. ¡Estamos atrapados!

-¡Vamos! -susurró Jeff. Salió de la habitación en puntas de pie, y los demás lo seguimos.

Por el pasillo, nos llegaba la voz de la señora Morter. La oíamos hablar con sus gatos.

-Está en la puerta de entrada -susurró Jeff.

En silencio, nos condujo a la cocina, hacia la puerta del fondo.

Hizo girar el picaporte. No se oyó ningún ruido.

Intentó hacerlo de nuevo. Nada.

¡Empezó a tirar de la puerta con fuerza! Pero la puerta no se abría. ¡Estaba cerrada con llave!

Los gatos comenzaron a aparecer por la cocina, maullando como locos.

-¿Qué pasa, mis amores? -preguntó la mujer.

¡Ay, no! Viene para la cocina. ¡Viene detrás de los gatos!

Jeff tironeó con todas sus fuerzas. La puerta ni se movió.

16

Me apoderé del picaporte y tiré de él con desesperación. No sirvió de nada. La puerta estaba trabada.

-¡Hagan algo! -gimoteó Louisa-. ¡Ya viene!

Frankie se acercó a la puerta sonriendo. Era una sonrisa horrible.

Nos empujó a Jeff y a mí hacia el costado y tomó el picaporte. La puerta se abrió de par en par.

¿Cómo hizo? -me pregunté. Claro que ni se me ocurrió preguntarle a él. ¡Los cuatro salimos disparando al mismo tiempo!

Huimos despavoridos.

Cruzamos a toda carrera el jardín hasta llegar a casa de Max. Yo no me atrevía a mirar para atrás. ¿Y si la bruja venía persiguiéndonos?

Jeff tocó el timbre de Max una y otra vez, hasta que salió a atendernos la mamá.

-¡Señora! -gritó Louisa mientras entraba corriendo-. ¡Ayúdenos!

-¿Que pasa? ¿Por qué están todos tan agitados?

-Es difícil de explicar -contestó Jeff una vez que ya estábamos a salvo dentro de la casa-, pero no podemos jugar más a los naipes con Max.

La mamá abrió bien los ojos.

-¿Por qué? -preguntó-. ¡Desde que juega con ustedes se siente mucho mejor!

-Porque cuando jugamos, la señora Morter nos espía -exclamé-, ¡con un telescopio! Después hace aparecer esos horrendos bufones.

La señora Davidson arqueó las cejas.

-Es cierto -insistí-. Y no están solamente en los naipes. ¡Además, cobran vida! Atacaron a Frankie y a Louisa; como atacaron a esos pobres chicos en la historia que usted nos contó.

La mamá de Max sacudió la cabeza. -Brittany, me parece que tienes demasiada imaginación. -Me dio unas palmadas suaves en el hombro.

El corazón me dio un vuelco. La mamá de Max no nos creía.

Seguramente nadie nos creería, descubrí con terror.

¿Quién podía creer un relato tan absurdo? Yo me escuchaba hablar ¡y hasta a mí misma me parecía un disparate!

-Tal vez sea mejor que hoy jueguen a las damas -sugirió la señora.

-¿Podríamos jugar en el living? -preguntó Jeff

La señora Davidson nos miró, desconcertada.

-¿Por qué? -Porque la señora Morter nos espía por las ventanas del dormitorio de Max -respondió Louisa.

-Ah, está bien -aceptó, riéndose-. ¡Las cosas que inventan los chicos! -Nos llevó hacia el cuarto de su hijo.

-¿Max? -Se inclinó hacia él. -¿Te sientes bien para jugar en el living hoy?

Max le contestó que no sin despegar los labios.

Yo miré las ventanas. Las persianas estaban subidas.

-Bajemos las persianas -sugerí-, así podemos jugar aquí.

La mamá de Max volvió a reírse, pero bajó las persianas. El cuarto se puso tan oscuro que tuvimos que encender algunas lámparas, pero al menos la señora Morter no podría espiarnos.

-¡Sorpresa! -anunció Louisa mientras llevaba un tablero de damas hacia la cama de Max-.

Max, hoy jugamos a las damas. Te juego yo a ti primero.

-Y yo juego con el ganador -dijo Jeff.

Pero Max se quedó con la mirada clavada en el tablero.

-¿Qué pasa, Max? -le preguntó la mamá-. ¿No te gustaría jugar a las damas para variar?

Max negó con la cabeza.

-No -susurró.

Parecía muy triste.

-Está bien. -Suspiré. -Si quieres, jugamos a los corazones.

-¿Qué? -exclamó Louisa-. ¡No puedo creer lo que oigo!

-Sí -agregó Jeff-. ¡Qué rápido cambiaste de opinión!

Me encogí de hombros.

Me había venido preparada.

Metí la mano en el bolsillo de atrás del pantalón y saqué un mazo de naipes.

-La señora Morter no pudo haberles echado un maleficio a éstos -anuncié, dándoselos a Max-. ¿Quieres repartir?

Max tomó los naipes y sonrió.

-Ah, ¡gracias, chicos! -exclamó la señora Davidson-, ahora están todos contentos. ¡Qué se diviertan! -Después, salió de la habitación.

Max se bajó de la cama, caminó con lentitud hacia la mesa y se sentó. Empezó a mezclar los naipes. Louisa cortó y Max repartió.

Yo no sentía nada de miedo. Tampoco estaba preocupada porque a alguno le tocara un comodín.

Cuando estaban todos los naipes repartidos, los levanté de la mesa. Los enderecé y miré el primero.

Tuve que ahogar un grito.

Allí estaba: un comodín con un horrendo bufón.

Las manos me empezaron a temblar.

¿Cómo era posible? ¿Cómo había hecho el bufón para meterse en mi mazo?

17

Un zumbido extraño resonaba en mis oídos. Por un momento, tuve la sensación de que todo lo que había en el cuarto se esfumaba, se ponía gris.

Sacudí la cabeza.

Todo volvió a la normalidad. Yo miraba el naipe que tenía en la mano. Era un comodín, con un bufón de ojos amarillos, frios y diabólicos, el bufón más espantoso que había visto jamás.

¡De pronto, empezó a gritar! -¡Nooo! -chillé.

Arrojé los naipes hacia la ventana. ¿Cómo lo hizo?

¿Cómo hizo la señora Morter para usar su magia diabólica con mis naipes? ¿Cómo pudo vernos con las persianas bajas?

Esa tarde, no nos quedamos mucho tiempo en lo de Max. Cuando salimos, yo todavía temblaba.

-¿Estás bien? -me preguntó Jeff mientras nos dirigíamos hacia Fear Street.

-¡No! -grité-. ¡No, estoy bien! Me siento arrinconada. Me tocó un comodín y ahora me sucederá algo terrible. Sé que en cualquier momento empezarán los repiqueteos y los chillidos. ¡En cualquier momento me atacará un grupo de bufones!

-Tómalo con calma, Brit -dijo Jeff-. Nosotros nos quedaremos contigo. No nos pueden atacar a todos.

-Te acompanamos a tu casa -ofreció Louisa-. No te preocupes.

Los chicos me acompañaron hasta la puerta de mi casa.

-Gracias -les dije-, gracias por ser tan buenos amigos.

Por alguna razón, lo que dije hizo que a Frankie le diera un ataque de risa.

-¡Frankie, basta! -Louisa revoleó los ojos. -Estás muy raro últimamente. Lo único que haces es reírte, y esto no es broma.

-¡Ja, ja! Los que están embromados son ustedes -dijo Frankie, y siguió riéndose.

Las carcajadas retumbaban en mis oídos.

-Termínala, Frankie -vociferé. No podía soportar ese sonido.

Me aparté del grupo y entré en mi casa corriendo.

-¿Mamá? -la llamé. Nadie respondió.

-¿Mami? -llamé otra vez. Busqué en la cocina. Ni rastros de mi mamá. Tampoco había señales de que hubiera estado allí.

Ninguna compra. Nada en el horno.

Los latidos del corazón se me aceleraron. -¡MAMÁ! -grité-. ¿Dónde estás? Nada.

Me di vuelta y corrí hacia la escalera. -¿Jimmy? -llamé-. ¿Jimmy? ¿Estás en casa?

Me. quedé esperando oír su voz. Pero lo único que oí fue: ¡Sssss!

Seguro que mamá se está bañando, traté de convencerme. Es nada más que el sonido de la ducha.

Eso es todo.

Nada más que la ducha.

Pero el sonido se hizo más fuerte, y se convirtió en un repiqueteo.

Desesperada, busqué un lugar donde ocultarme.

El único lugar que se me ocurrió fue el armario del pasillo.

Me precipité hacia él, abrí la puerta de un golpe, y grité.

Ahí estaban: ¡cinco espantosos bufones con sombreros verdes puntiagudos!

Esperándome.

Mirándome de reojo, con esas horribles sonrisas en la cara.

Cada uno tenía una vara, con una calavera horripilante y sonriente en su extremo.

Torcían los labios en una mueca de burla. Después, uno se adelantó. Levantó su vara y se me vino encima.

-¡Nooo! -grité.

Me caí al piso. Me cubrí la cabeza con los brazos y cerré los ojos con fuerza.

Tres bufones más me rodearon. Danzaron a mi alrededor y me golpearon con sus varas.

Todos se reían y gritaban. Y entonaban un cántico:

"¡El rojo y el negro se inclinan ante el verde

El rojo y el negro se inclinan ante el verde!"

Una y otra vez.

Me apreté más la cabeza con ambos brazos. Los bufones hacían sonar sus varas con violencia. Ahora chillaban, chillaban como locos. Después, no se oyó nada más.

Se fueron. Seguramente se habían marchado.

Levanté lentamente la cabeza ... y me quedé sin aliento.

¡Todavía estaban ahí! Acechándome, mirándome en un silencio aterrador.

-¡Déjenme en paz! -grité-. ¡Váyanse!

El primer bufón me tendió la mano.

-¡No te me acerques! -clamé, encogiéndome entera.

Pero me aferró del brazo y me obligó a ponerme de pie.

Lo miré a los ojos. Eran horribles, y tenían un brillo rojo maligno.

-¿Qué piensan hacer? -balbuceé.

El bufón me lanzó una mirada furiosa y levantó su vara en el aire. Los demás hicieron lo mismo.

Empezaron a sacudir las varas de nuevo, más enardecidos que antes.

El repiqueteo era ensordecedor.

Me tapé los oídos con las manos, pero no dejaba de percibir el sonido maléfico.

Daba la impresión de que las calaveras habían empezado a respirar. Un humo verde comenzó a brotarles de la nariz. Sus mejillas huecas comenzaron a latir. Y desde el fondo de sus órbitas, los ojos les empezaron a brillar.

Los bufones entonaron su horrible cántico:

"Sacudimos calaveras con ojos que brillan. Somos los que te marcan, entre gritos y risas.

Su ejército se agranda cada día más. ¡A su juego jugarás y se las pagarás! El rojo y el negro se inclinan ante el verde..."

Después, se acallaron, y salieron corriendo de la casa.

Se me doblaron las piernas. No podía moverme.

Ni siquiera me moví cuando empezó a abrirse la puerta de entrada.

No hice más que mirar.

-¡Brittany! -exclamó mi mamá, que en ese momento entraba con Jimmy-, ¿qué haces sentada en el piso?

No respondí. ¿Qué podía decir?

Mamá me tendió la mano para ayudarme. -¿Dónde estabas, mami? -le pregunté en voz baja-. Llegué y no había nadie.

-Tuve que llevar a Jimmy al médico -contestó-, y el único turno que conseguimos era a esta hora. Te lo dije esta mañana.

-¿Me lo dijiste? Supongo que no... no te escuché.

Yo sabía que no la había escuchado, pues en toda la semana no había pensado en otra cosa que en la señora Morter y sus horribles bufones.

-Eh, Brit -dijo Jimmy-, ¿quieres ver mi nuevo truco?

-¡Ahora, no! -chillé-. Un mazo de naipes era lo último que deseaba ver...

Pero después cambié de opinión.

Se me estaba ocurriendo una idea...

-Sí, Jimmy -dije-, después quiero ver tu nuevo truco.

Fui hacia la escalera.

-Mami, no tengo hambre. Me voy a mi cuarto.

Me aferré a la baranda y comencé a subir los escalones con lentitud.

-¡Eh, Brit! -me llamó Jimmy-, ¿qué es eso que tienes en el brazo?

Me miré el brazo.

El corazón se me salió del pecho. Allí estaba.

Oscuro y bien marcado. La marca del trébol.

18

Al día siguiente, antes de entrar a clase, encontré a Jeff junto a su armario.

-Mira. -Estiré el brazo y me levanté la manga.

-¡Ah! -gimió-, ¡te atacaron los bufones! ¿Pero cómo fue?

Le conté todo, incluyendo el nuevo verso de la canción.

-Tengo mucho miedo -admití, temblando.

-Yo también. Y, últimamente, Frankie actúa de manera muy extraña.

-Lo sé. Los bufones ya lo atacaron tres veces. Es suficiente para volver loco a cualquiera.

-Sabes, me... me parece que con cada marca se pone peor -señaló.

Yo lo miré.

-Tienes razón. ¡No lo había pensado, pero es verdad!

-Tal vez deberíamos hablar con el señor Emerson -sugirió Jeff-, y decirle que no podemos ir más a lo de Max.

-No va a salir bien -dije con pesar-. No podemos contarle lo que pasa. Pensará que estamos todos locos; o peor aún, dirá que lo inventamos para dejar de ir a lo de Max. Y entonces sí que tendremos problemas.

-sí, es cierto. Bueno, esta tarde, vamos a lo de Max, pero tenemos que decirle que basta de naipes. ¡Y ponernos firmes!

-Está bien -declaré-. Sin naipes, no hay bufones.

Por lo general, el día en la escuela se me hacía muy largo. Pero el día que yo quería que durara para siempre pasó zumbando. Cuando sonó el timbre de las tres y media, me costó creerlo.

-Bueno, ¿quién les dará la noticia a Max y su mamá? -pregunté mientras íbamos hacia Fear Street-. ¿Quién les dirá que no haremos juegos con cartas?

-Lo hago yo -se ofreció Jeff-. Y no dejaré que nos convenzan.

Doblamos la esquina. A lo lejos se alzaba, amenazante, la casa de la señora Morter. ¡Hoy ni locos cruzábamos por su jardín!

Pasamos de prisa frente a su portón... y los gatos nos chillaron.

-¡Qué fuerte chillan! -Louisa apuró el paso.

Mi amiga tenía razón. El sonido de los gatos se oía más que nunca. Y se volvía cada vez peor.

-¡Esperen! -gritó Louisa-, ¡no son los gatos! ¡miren!

Señaló unos arbustos con un dedo tembloroso.

¡Los bufones!

Seis horrendos bufones salieron de atrás de los arbustos.

Nos quedamos congelados.

Los bufones se acercaron a los saltos. Nos rodearon.

Nos hicieron repiquetear en la cara las varas con las calaveras.

Y después comenzaron con su cántico maléfico:

"Sacudimos calaveras con ojos que brillan.

Somos los que te marcan, entre gritos y risas.

Su ejército se agranda cada día más.

¡A su juego jugarás y se las pagarás!

El rojo y el negro se inclinan ante el verde ...

Pues ella es nuestra reina para siempre".

-¡Corramos! -gritó Jeff.

Rompimos el horrible círculo y empezamos a correr.

Los bufones nos siguieron. Uno de ellos golpeó a Louisa con su vara.

-¡Divídanse! -vociferé.

Corrimos en diferentes direcciones.

Yo disparé hacia el otro lado de la calle. Frankie hizo lo mismo. Después, corrimos en dirección opuesta. Miré hacia atrás.

Ninguno de los bufones me perseguía a mí. ¡Ay, no! Iban todos detrás de Frankie. ¿Qué le querían hacer?

19

Di media vuelta y salí a correrlo.

-¡Tenemos que ayudar a Frankie! -les grité a los demás.

Los bufones atraparon a nuestro amigo. Lo sujetaron de los brazos y las piernas, y lo arrastraron por la calle.

Lo tiraron en el terreno baldío que estaba frente a la casa de la señora Morter, el terreno que tenía el enorme pozo en el suelo.

Jeff y Louisa me alcanzaron. Louisa se tomaba del brazo.

-¡Brit, me agarró! -dijo a los gritos-, uno de los bufones me golpeó en el brazo... y ¡mira!

Al lado del trébol, Louisa tenía un diamante. -¡Ayúdenme! -El grito de Frankie venía desde el terreno. -¡Socorro!

Corrimos hacia allí pero, cuando llegamos,

Frankie no se veía por ningún lado; tampoco los bufones.

-¿Frankie? -llamé con voz temblorosa-. ¿Dónde estás?

Los bufones me respondieron saliendo del pozo.

Soltaron una risa diabólica, sacudieron sus varas con furia y luego se marcharon.

Louisa, Jeff y yo corrimos hasta el borde del pozo. Miramos hacia adentro. Frankie estaba en el fondo, mirando para abajo.

-¿Frankie? -lo llamó Jeff-. Puedes salir, ya se fueron.

Frankie no se movió.

-Vamos, Frankie, está todo bien -dije. Siguió inmóvil, mirando para abajo.

-¡Frankie, no me asustes! -gritó Louisa.

-Subámoslo -sugirió Jeff.

Los tres nos agachamos y lo tomamos de los brazos.

-¡A la una, a las dos y a las tres! -dijo Jeff, y tiramos.

Frankie no se resistió, pero tampoco nos ayudó. Nos costó, pero finalmente logramos sacarlo.

Jeff, Louisa y yo nos desplomamos en el suelo, luchando por recobrar el aliento.

Frankie estaba sentado en el barro, con la mirada clavada en el vacío.

-¡Ay, no! -exclamó Louisa-, ¡el brazo de Frankie! ¡Miren!

A mí me dio miedo, pero igual miré. Allí estaba. Un corazón.

-¡Ay, no! ¡Frankie! -gemí-, ¡ya tienes los cuatro palos!

¿Ahora qué sucederá? -me pregunté-. ¿Qué le harán esos horribles bufones?

Frankie levantó la vista, como si me hubiese leído la mente.

Lo miré a la cara... y pegué un grito.

Los ojos le colgaban fuera de las órbitas.

La boca se le torcía en una sonrisa espantosa.

La lengua se le salía de la boca.

-¡Frankie! -grité. Desesperada, me volví hacia Jeff y Louisa.

Los dos miraban a Frankie con horror. Después comenzaron a alejarse.

Me di vuelta.

-¿Frankie? -dije sin aliento. Parecía que se había achicado.

Tenía puesto un traje de arlequín de color negro brillante, y, de la cabeza, le colgaba un sombrero verde con cascabeles.

Nos dirigió una sonrisa siniestra. Sólo que ya no era más Frankie.

20

¡Era un bufón!

Frankie abrió la boca y dejó escapar un alarido espantoso.

Después giró sobre sus talones y salió corriendo, a las carcajadas.

Se dirigió hacia Fear Street. -¡Sigámoslo! -grité.

Fuimos tras él, que corría y daba alaridos. Corría a toda marcha. Nosotros no podíamos alcanzarlo.

Llegó al final de la calle y dobló.

Cuando llegamos a la esquina, había desaparecido.

-¡Qué horrible! -gimió Louisa-. ¡Pobre Frankie!

-¡Lo mismo nos pasará a nosotros si no detenemos a la señora Morter! -exclamé.

-Debemos ir ya mismo a casa de Max -declaró Louisa-, y llamar a la policía.

Tomamos por Fear Street y corrimos hasta la casa de Max.

Me parecía raro estar allí sin Frankie. Louisa tocó el timbre. Nadie contestó.

Louisa tocó otra vez, pero no atendió nadie. -¡Qué raro! -dijo Jeff-. La mamá de Max sabía que veníamos.

Golpeé la puerta y ésta se abrió. Metí la cabeza y llamé:

-¡Señora!

No me respondió.

-¡Tenemos que apurarnos! -exclamó Louisa-. La mamá de Max no se enojará si entramos y llamamos a la policía.

-Es cierto -coincidió Jeff-. ¡Es una emergencia!

Entramos de prisa.

-Primero veamos si Max está en su cuarto -sugerí-. Puede asustarse si oye ruidos en la casa.

Corrimos por el pasillo y llegamos a su dormitorio.

Max estaba sentado en la cama, con su pijama blanco, mezclando un mazo de naipes.

-¿Max? -Hablé bajito para que no se asustara. -¡Hola!

Nos miró.

-Ah, hola -saludó-. ¿Quieren jugar a los corazones?

-¡No! -exclamó Louisa y corrió hacia la cama-. ¿Max, te acuerdas de esos horribles bufones de los comodines?

Él asintió con la cabeza.

-Bueno, cobraron vida. Atacaron a Frankie -le explicó Louisa-. ¡Y Frankie se transformó! ¡Delante de nosotros, se convirtió en un bufón!

Max abrió los ojos azul claro con terror. Ojalá que las malas noticias no lo enfermen más de lo que está, pensé.

-Tenemos que usar el teléfono -anunció Jeff-; hay que llamar a la policía.

-El teléfono está en la cocina ¿no? -le pregunté a Max.

Pero no respondió. Balbuceaba algo. Al principio, yo no lo entendía, pero de a poco las palabras se fueron haciendo más claras.

-¡Lo hizo!, ¡lo hizo!, ¡lo hizo! -canturreaba una y otra vez.

-¡Max! -grité-, ¡basta! ¡Estás empeorando las cosas!

Me miró a los ojos.

-¿Brittany, no te das cuenta? -me preguntó con suavidad-. ¡Ella lo hizo! Ya es demasiado tarde. Estamos todos condenados. ¡Hasta el último de nosotros!

21

-¡Max! -grité-. ¿Qué dices? ¡No me asustes!

Pero no me respondió, sino que siguió repitiendo:

-Estamos condenados. Estamos condenados. "Tal vez tiene mucha fiebre", me dije.

Por suerte, en ese momento, su mamá apareció en la puerta.

-¡Hola, chicos! Disculpen que no estaba cuando llegaron, pero me alegra que hayan venido hoy.

Sonrió y entró en la habitación.

-Tenemos que llamar a la policía, señora -dijo Louisa de pronto-. A Frankie le pasó algo terrible.

-¡Se lo llevaron! -barboteó Jeff-. ¡Se llevaron a nuestro amigo!

-¿Quiénes se lo llevaron?

-¡Se lo llevaron! -repitió Jeff. Su desesperación aumentaba con cada segundo que pasaba.

-¡Se lo llevaron!

-¿Lo secuestraron? -preguntó la mamá de Max, atónita.

Empezamos a hablar todos a la vez.

-¡Esperen, esperen! -exclamó-. Si secuestraron a Frankie, tengo que llamar ya mismo a la policía.

-¡Sí! -gritamos todos-. ¡Llame a la policia!

La señora Davidson se apuró a salir de la habitación.

Yo suspiré. ¡Qué alivio!

¡Por fin alguien nos ayudaba!

-Lo hizo ella -seguía farfullando Max-. Lo hizo ella.

-¡Tranquilo, Max! -dije-. Todo saldrá bien. Max me miró con sus ojos azul claro.

-Está loca, Brittany -susurró-. Está totalmente loca. Sabes eso, ¿no?

-Sé que es mala. ¡Pobre Frankie! Tal vez él fue ahí. Tal vez fue a esa casa...

-¡Brittany! -interrumpió Louisa-. La mamá de Max no sabe bien qué pasó. Creo que somos nosotros los que tenemos que hablar con la policía. Tenemos que contarles todo, ¡ahora mismo! Cuanto antes lo sepan, más pronto podrán ayudar a Frankie.

-Tienes razón. Veré si la encuentro antes de que cuelgue el teléfono.

Corrí por el pasillo. Cuando me acerqué a la cocina, oí su voz a través de la puerta.

-No, oficial -decía-. ¡estos chicos no mienten! Serían incapaces de inventar el secuestro de su amigo.

¡La mamá de Max nos defendía!

Abrí la puerta de la cocina. La señora de Davidson estaba de espaldas.

-¡Eh, oficial! Pero eso que usted dice es terrible. ¡Le aseguro que estos chicos dicen la verdad!

Abrí la boca para decirle algo. Después la cerré.

Me quedé mirando a la mamá de Max. Trataba de entender lo que veía. Pero no entendía.

-Sí, oficial. Le doy mi palabra. La mujer hablaba.

Pero no hablaba por teléfono.

El teléfono estaba colgado en la pared, del otro lado de la habitación.

Era un teléfono viejo.

No podía ser inalámbrico.

-¿Puede venir a hablar con ellos, oficial? Sí, ya mismo. Cuanto antes lleguen, antes podrán empezar a trabajar en el caso.

Pero la señora Davidson no hablaba con la policía.

¡Le hablaba a la pared!

22

Me quedé helada.

Observé la espalda de la señora Davidson mientras ella fingía hablar con la policía.

Observé la hermosa blusa verde manzana y las calzas verde oscuro ... y los zapatos de gamuza verde ...

Entonces me di cuenta.

¡A su juego jugarás y se las pagarás!

El rojo y el negro se inclinan ante el verde. ¡Pues ella es nuestra reina para siempre!

Salí en silencio de la cocina. Cerré la puerta sin hacer el menor ruido.

Lu1ego, di media vuelta, corrí hasta la habitación de Max, entré y cerré la puerta.

-¡Brittany! -exclamó Louisa-. ¿Qué te pasa? Estás pálida.

-Fu... fui a la cocina -balbuceé en voz baja-. La señora Davidson no me vio. Hablaba... le pedía a la policía que viniera. Pero, Louisa, ... ¡no hablaba por teléfono! ¡Era puro teatro!

Ahora eran Louisa y Jeff los que parecían asustados.

-¿Max? -dije-. ¿Qué piensas de todo esto?

-Es lo que yo intentaba decirles. ¡Está loca!

-¿Entonces te referías a tu mamá?

-Esa no es mi mamá -susurró Max.

23

-¿¡Cómo!? -exclamamos todos a la vez.

-Y tampoco estoy enfermo. Nunca tuve neumonía. Soy su prisionero. Me usa para conseguir chicos que jueguen a su juego. Es una especie de hechicera maligna.

-¿Tiene poderes mágicos? -preguntó Louisa con voz temblorosa.

Max asintió con la cabeza.

-Su magia depende de los bufones de los comodines. Cuantos más bufones tiene, más fuertes son sus poderes.

-¡No lo puedo creer! -exclamé-. ¡A mí me parecía una mujer tan... tan amable! ¡Siempre está con una sonrisa!

Me puse la mano en la cabeza, tratando de armar el rompecabezas.

-¿Y la señora Morter? ¿Entonces la señora Morter no tiene nada que ver? ¡Es la señora Davidson!

Max asintió con tristeza.

Después pensé algo horrible. Miré a Louisa, a Jeff, a Max.

-¡Ay, no! ¡Seguro que Frankie ya es parte de su ejército de bufones!

-Sí -dijo Max-. Es horrible. Ella engaña a chicos como ustedes para que jueguen a los naipes. Después se asegura de que a uno le toque un comodín. Una vez que te toca un comodín, empieza el ataque. En cada ataque, los bufones te dejan marcado un palo de la baraja. El que tiene los cuatro palos se convierte en bufón.

Me temblaba todo el cuerpo. Me senté sobre la cama de Max

-¿Todos los bufones están bajo su poder? -pregunté.

Max asintió con la cabeza.

-No les queda más remedio que hacer todo lo que ella ordena.

-¿A cuántos chicos atrapó así? -preguntó Jeff

-Con Frankie son trece. Shadyside es el cuarto pueblo al que nos mudamos. Ella tratará de meterlos a todos ustedes en su ejército. Después, nos mudaremos a otro pueblo cerca de aquí y la señora Davidson, con otro nombre, irá a otra escuela. Hablará con el director y le pedirá que algunos chicos visiten a su pobre hijo enfermo.

-Pero, Max -dijo Jeff, frunciendo el entre- cejo-, hay algo que no entiendo.

-¿Qué?

-¿Cómo encajas tú en todo esto?

Por un momento, Max se quedó callado. Después extendió el brazo izquierdo. Se levantó la manga del pijama. Arriba de la muñeca, tenía tres marcas: un trébol, un diamante y un pique.

-¿Ven? Me falta una marca para convertir- me en bufón. Si no la ayudo, estoy perdido. Perdón por no haberlos ayudado. No sabía qué hacer.

-Todavía podemos escapar, ¿no? -le pregunté-. Aún no somos bufones. Si nos vamos ya mismo, podemos llamar a la policía; esta vez, en serio.

-Brittany tiene razón -susurró Louisa-. ¡Vamos, apurémonos! ¡Antes de que vuelva!

-Vamos, Max -dijo Jeff-. Tú vienes con nosotros.

Max se destapó y saltó de la cama. Los cuatro corrimos hacia la puerta.

Pero no llegamos.

En el pasillo, estaba parada la señora Davidson.

Como siempre, sonreía. Pero ahora tenía una sonrisa torcida, malévola. En la mano, traía un cetro con una horrenda calavera en un extremo.

-¿Adónde van?

Entró en la habitación de Max. Nosotros retrocedimos.

-Me parece que a ninguna parte -se respondió a sí misma.

-Te... tenemos que volver a nuestras casas -sollozó Louisa.

-¡Siéntense! -gruñó la mujer-. Nadie se mueve de esta habitación. ¡Llegó la hora de jugar a mi juego!

24

La señora Davidson nos empujó hacia la mesa.

El corazón me latía como loco. Casi no podía respirar.

Nos sentamos a la mesa. La mujer se ubicó a mi lado, en el lugar donde solía sentarse Frankie.

Máx tenía razón: estábamos condenados. -Eres una entrometida, Brittany -me dijo la mujer mientras levantaba los naipes-. ¿Cómo te atreves a espiarme en mi cocina?

Se, me hizo un nudo en el estómago.

Vi que mezclaba los naipes a la velocidad de la luz.

-Por tu culpa, tengo que apresurar mis planes. ¡Qué placer me dará convertirte en el bufón más horrible de todo el mazo!

Largó una risotada.

-Antes de repartir las cartas, tengo una sorpresa que darles.

Se me hizo otro nudo; esta vez, en la garganta. ¿Y ahora, qué?

Los ojos verdes malévolos miraron a Jeff, a Louisa, y por último a mí.

-Hoy puse diez comodines en el mazo. ¡Sí, diez! Así terminamos de una vez por todas. A ver. Brittany, necesitas tres comodines. Louisa, dos. Jeff, cuatro. ¿Y Max? ¡Uno solito!

La señora de Davidson echó la cabeza hacia atrás y se rió como loca.

-Cuando termine este juego, ¡tendré cuatro nuevos bufones en mi ejército! ¡Eh, chicos! ¿Quieren ver cómo quedarán? ¡Miren!

La bruja empezó a sacar comodines del mazo. Los comodines tenían bufones que yo nunca había visto.

Uno tenía colmillos putrefactos.

A otro le caía baba verde de los labios.

Pero el peor era uno que yo sí había visto. Era el que me había tocado la vez anterior: el de ojos amarillos.

La señora Davidson señaló ese bufón horrendo con una larga uña.

-Fíjate bien en éste, Brittany -gruñó-. Quedarás idéntica.

Sacó dos cartas del mazo y las deslizó hacia el centro de la mesa.

-Ahora hay cincuenta cartas en el mazo. Diez para cada uno.

Empezó a mezclar de nuevo.

-¡Diez comodines! ¡Ah, este será un juego muy apasionante!, ¿no les parece? ¿Saben? Tengo habilidad con los naipes. La habilidad necesaria para asegurarme de que a cada uno de ustedes le toque la mano perfecta: ¡el número exacto de comodines!

Mezcló los naipes un poco más.

-Sí, me aseguraré de repartir bien, especialmente en tu caso, mi pequeño Max.

Le clavó una mirada furiosa.

-¡Mi pequeño traidor!

Su expresión se tornó feroz.

-¿Piensas que no sé lo que les contaste a tus amigos? Yo sé todo, mi queridísimo Max. ¡Todo!

-Bueno -dijo, colocando el mazo ante mí-; corta, Brittany.

Estiré la mano para tomar las cartas, pero me temblaba tanto que tiré medio mazo al suelo.

-¡Mocosa estúpida! -bramó la bruja. Luego, levantó en alto su cetro ¡y lo bajó para pegarme!

25

¡Nooo! - grité y me caí al piso. .

La calavera me rozó la cabeza.

Me refugié debajo de la mesa.

-¡Déjeme en paz! -grité.

-¡Sal de ahí y levanta esas cartas! -ordenó la señora Davidson-. ¡YA MISMO!

Traté de levantarlas varias veces, pero estaba tan nerviosa que se me caían de las manos.

-¡Rápido!

La bruja me pateó con el zapato verde. -¡No tenemos todo el día! Una vez que haya conseguido mis cuatro nuevos bufones, tenemos que hacer las valijas. ¡Nos mudamos de nuevo, mi querido Max!

Finalmente, salí gateando de mi escondite. Coloqué el mazo frente a la señora Davidson y corté.

El corazón me latía con fuerza mientras miraba cómo la bruja empezaba a repartir, golpeando los naipes contra la mesa.

Me estremecía con cada carta que ella me ponía adelante.

¡Cada naipe podía ser el horrendo comodín que tenía mi nueva cara!

-¡Bueno, levanten los naipes, chicos!

El corazón se me salía por la boca mientras juntaba los naipes. Los apilé pero no los levanté.

Miré a los demás.

Mis amigos miraban sus naipes, aterrados. Nadie se atrevía a levantarlos.

Los ojos verdes de la señora de Davidson escrutaron ansiosamente a cada jugador. Nuestro pánico le provocó una sonrisa de placer.

-¡Miren, sus cartas! -gritó.

Lentamente, levanté las mías.

Lentamente, las di vuelta... y suspiré, aliviada.

El dos de corazones. Quedaban nueve.

Con un dedo tembloroso, corrí el dos de corazones hacia un costado.

¡El seis de tréboles

Miré a los demás jugadores. Jeff tenía medio abanico abierto. Parecía estar bien. Seguro que todavía no había encontrado ningún comodín.

Louisa todavía tenía los ojos clavados en la primera carta. En frente, Max sostenía los naipes boca abajo, con manos pálidas y temblorosas. ¡Un comodín... y estaría condenado!

La señora Davidson ni siquiera había ordenado su pila. No, estaba demasiado interesada e cómo íbamos a gritar y llorar cuando descubriéramos nuestros comodines.

Respiré profundamente.

Apreté el pulgar contra el seis de tréboles. El corazón me latía con furia. Me obligué a poner el seis a un lado. ¡Vi una cara!

¡Abrí la boca para gritar! Miré mis naipes.

La cara pertenecía a una sota, la sota de diamantes.

-¡Ahhh! -gemí, aliviada.

-¿Te tocó un comodín? -gritó la señora Davidson-. ¿Te tocó?

-No.

-A mí tampoco -susurró Louisa.

Jeff indicó con la cabeza que a él tampoco. Max se limitó a encogerse de hombros. No se atrevía a mirar sus cartas.

Volví a mirar mis naipes.

Tres cartas menos.

Quedaban siete.

¡No sabía si podría soportarlo! Rápidamente, destapé mi cuarta carta. Un ocho de espadas.

-¡Uf!

-¡Esto no tiene gracia! -estalló la señora Davidson-. ¡No me hagan perder tiempo! ¡Miren todos los naipes! ¡Eso es saber jugar! ¡Háganlo! ¡Miren todos los naipes ahora mismo!

-¡Usted no mira los suyas! -le grité-. ¡Es usted la que no sabe jugar!

-¡Está bien, Brittany! - la bruja pronunció mi nombre con odio.

Tomó sus cartas con las dos manos, formó una pila y las levantó.

-Así se juega. Así se miran los naipes, de una vez. Fijense.

Rápidamente, abrió el abanico.

-¿Qué? -gritó-. ¡No! ¡Es imposible!

-¿Qué pasa? -exclamó Louisa.

Se le salieron los ojos de las órbitas y se le hincharon las venas del cuello. Gritó:

-¡Noooooo!

Me encogí en mi silla.

Se le puso la cara roja de furia y me miró, fuera de sí. Después, se levantó de la mesa... y arrojó todos sus naipes al aire.

Con la boca seca, observé cómo volaban las diez cartas.

Una gota de sudor me corrió por la cara mientras caían sobre la mesa.

Me obligué a mirar cómo aterrizaban. Me quedé con la boca abierta.

Sobre la mesa, había diez horrendos comodines.

26

Nadie se movió. Todos mirábamos los comodines.

Hubo un silencio... hasta que se oyó un chillido. Primero era suave. Después se hizo más fuerte... y más rápido.

Y se hizo más fuerte más todavía... hasta que una banda de bufones irrumpió en la habitación, gritando.

Nos paramos de un salto y nos acurrucamos en un rincón. Pero, en realidad, no hacía falta.

Los bufones buscaban a una sola persona. A la señora Davidson.

La rodearon, sacudiendo las calaveras.

-¡Aléjense! -gritó la bruja-. ¡Obedézcanme en este instante!

Pero los bufones se rieron y gritaron con más fuerza.

-¡Obedezcan a su reina! ¡Atrás!

Un bufón dientudo la golpeó con su vara. ¿Cuál era Frankie? Pensé que podía ser el de la mueca, como la carta que le había tocado. Pero esa cara horrenda no se parecía a él en nada.

-Mira, Brit -susurró Louisa-. ¡La están levantando!

-¡Bájenme, idiotas! -gritó la mujer mientras los bufones la levantaban por arriba de sus cabezas-. Ustedes son lo que son gracias a mí. Sin mí, no son nada. ¡Nada!

Sus palabras no asustaron en lo más mínimo a los bufones, que sacudían las calaveras y se desternillaban de risa mientras se llevaban a su reina.

Y se marcharon.

Por un momento, nos quedamos mudos. Después, los cuatro gritamos de alegría. ¡Estábamos salvados! ¡No nos convertiríamos en bufones!

-¡Qué suerte! -exclamó Jeff cuando nos separamos-. ¡No puedo creer que a ella le hayan tocado los diez comodines!

-Bueno, a la suerte hay que ayudarla -dije yo.

-¿Qué quieres decir?

-Cuando tiré los naipes, "cargué" el mazo -expliqué.

-¿Hiciste qué cosa? -dijo Louisa.

-Cargué el mazo. Puse los naipes en un orden especial. Es un viejo truco de magia. Anoche le pedí a Jimmy que me lo enseñara. Pero estaba bastante asustada: no sabía si me iba a salir bien.

-Ay, qué bien estuviste, Brittany -dijo Jeff. -¡Genial! -coincidió Louisa, y chocamos los cinco.

-Si no fuera por ti -agregó Max-, yo ahora sería un bufón.

-Salgamos de aqui -dije, temblando-. No sé qué está pasando entre la mujer y los bufones, y tampoco nos conviene quedarnos aquí para averiguarlo.

Salimos corriendo de la habitación de Max, bajamos la escalera y llegamos a la puerta principal.

Tomé el picaporte.

Moví la mano y comprobé que giraba con facilidad.

Pero antes de que pudiera abrirla puerta, un chillido horrible llenó la habitación.

Miré hacia atrás.

¡Los bufones! ¡Habían regresado!

Se abalanzaron sobre nosotros. Nos rodearon, cortándonos el paso.

Nos dirigieron sus malévolas sonrisas. Sacudían esas horrendas calaveras.

-¡E... el juego ya terminó! -balbuceé.

Pero a los bufones no les importaba. Seguían avanzando hacia mí, haciendo repiquetear las calaveras.

-¡Corran! -gritó Max.

Nos escabullimos por entre los bufones y corrimos hacia la habitación de Max.

Cerramos de un portazo.

-¡Conseguimos escaparnos! -exclamó Louisa.

Jeff frunció el entrecejo.

-Fue demasiado fácil. Ellos nos dejaron volver corriendo hasta aquí.

Mi amigo tenía razón.

Por supuesto, a los bufones les convenía que estuviéramos en esa habitación, pues no tenia ninguna puerta que diera a la calle. No había salida. ¡Estábamos atrapados!

-¿Y ahora qué hacemos? -gemí. -Esperemos -dijo Max.

-¿Esperar qué? -exclamé-. ¿Que aparezcan ellos de nuevo?

-Exactamente.

Max sostenía con calma un mazo de naipes. Pasaba el pulgar por los bordes.

-Ay -me lamenté.

¿Ylor qué había confiado en Max?

El jugaba a los naipes para la señora Davidson.

La ayudaba a atrapar chicos, ¡chicos como nosotros!

¡Nos habíamos dejado pescar de nuevo!

27

Oí que comenzaba el chillido del lado de afuera del cuarto de Max.

Max miró hacia la puerta. Me tiré sobre él. Traté de quitarle los naipes.

-¡Basta, Brittany! -exclamó, esquivándome-. ¡No sabes lo que haces!

El repiqueteo de las calaveras era tan fuerte que yo casi no oía a Max.

Los bufones irrumpieron en la habitación. Me tapé los oídos con las manos. Su risa frenética sonaba como un trueno.

No paraban de reírse. ¡Y claro! Nos tenían justo donde querían.

-¡Tú! -le habló Max a un bufón, el de la sonrisa dientuda.

Levantó en alto el naipe de ese bufón. Mientras el bufón se veía en el naipe, Max lo dio vuelta y lo rompió en dos.

Instantáneamente, la calavera del bufón se transformó en niebla... y se desvaneció.

La cara del bufón empezó a desfigurarse, a derretirse.

Miré a Max.

-¿Q... qué pasa? -balbuceé.

Max no respondió. Sus ojos seguían clavados en el bufón.

Me di vuelta y.. me quedé pasmada.

La cara del bufón no se derretía: se transformaba. Se transformaba en la cara de un chico.

La nariz, las mejillas, el mentón, empezaron a tomar una nueva forma. El bufón empeza a aparecerse a un chico común y corriente.

Miré estupefacta cómo los ojos rojos horribles se tornaban azules, cómo los dientes se reducían y volvían a un tamaño normal.

De pronto, el repiqueteo de las calaveras llenó la habitación.

¡Los demás bufones!

¡Me había olvidado de ellos!

Gritaron con fuerza... y se abalanzaron sobre nosotros.

-¡Pronto, Max! ¡Los otros bufones! -grité. Max me puso unos comodines en la mano.

Louisa y Jeff también tomaron algunos. -Tienen que obligar al bufón a mirar el naipe y después romperlo.

Rompimos los naipes y los bufones se transformaron de nuevo en chicos. Todos menos uno.

Yo tenía el último comodín en la mano.

El de Frankie.

Lo levanté.

El bufón que era Frankie empezó a correr por toda la habitación, gritando como loco.

-¡Eh, Frankie! -grité-. ¡Mira! El bufón se dio vuelta y me miró.

Levanté el naipe y lo rompí en dos. La cara empezó a transformarse.

En segundos, volvió a ser la de Frankie.

Todos los chicos que habían sido bufones nos dieron las gracias. Llamaron a sus padres y esperamos que los vinieran a buscar.

Finalmente, una pareja de pelo rubio y ojos celestes se acercó de prisa. Max salió disparan- do a encontrarse con ellos. Creo que los tres batieron el récord del abrazo más largo del mundo.

-Gracias, Brittany -dijo Max antes de irse-. De veras sabes cargar un mazo.

-Gracias a ti, Max. De veras sabes cortar los naipes.

28

La noche siguiente, me llamó Frankie. Me tiré en la cama para hablar con él.

-¿Sabes una cosa, Brit? Hoy Jeff y yo fuimos a lo de Morter después del colegio. Jeff tenía que entregar un pedido. -Frankie tosió, incómodo. -Me pareció que tenía que pedirle disculpas a la señora por lo de la fuente -continuó.

-¡No te creo! -exclamé.

-En serio. Bueno -se apresuró a seguir-, Jeff le preguntó por su telescopio. ¡No sabes lo que nos contó la mujer! Antes de jubilarse, ella y su marido trabajaban de astrónomos. Hay una constelación a no sé cuántos años luz que lleva su nombre. ¡Se llama la Formación Morter!

-¿En serio? Pero... espera un segundo. ¿Por qué el telescopio apuntaba a la ventana de Max?

-Viste que los gatos se trepaban a todas partes... Bueno, seguramente lo corrieron ellos. ¿Y sabías que a esos gatos ella los rescató? Ninguno tenía casa. Los habrían sacrificado si ella no los adoptaba. A veces sale a la noche a buscar gatitos abandonados.

¡Eso tenía que ser lo que hacía en el bosque, cerca de la casa de Louisa!

-Ahora me siento mal por haber creído esas historias horrorosas sobre ella -gemí.

Alguien golpeó a mi puerta con fuerza.

-¡Soy yo! -dijo Jimmy-. ¡Tengo un truco de cartas genial para mostrarte, Brit!

-¿Oíste eso? -le pregunté a Frankie-,

Bueno, después de todo, Jimmy me enseñó a cargar un mazo. Me parece que estoy en deuda con él. Le dejaré que me muestre su último truco.

Frankie se rió.

-¡Que te diviertas, Brit! Colgamos.

-¡Pasa! -le dije a Jimmy.

Lo invité a que se sentara a mi lado. Esa noche, estaba de muy buen humor. Si mi hermano tenía diez nuevos trucos, los miraría todos, me prometí.

-Bueno -dijo Jimmy, dejándose caer sobre mi cama-. Elige un naipe cualquiera.

Abrió el abanico de naipes. Saqué una carta del medio.

-¿La miro? -le pregunté.

-Claro.

La di vuelta.

Me quedé mirándola. Se me secó la boca. No podía creer lo que veía. ¡Era un comodín!

¡El comodín más espantoso que había visto en mi vidas

Tenía ojos verdes saltones, nariz de chancho y pelo seco enmarañado.

Sonreía de oreja a oreja, con gesto malévolo. Tenía los labios pintados de rojo.

¡Era la señora Davidson!

Sobre la horrenda cabeza, traía una corona dorada.

La señora Davidson... la Reina de los Comodines.

Miré, horrorizada, cómo la reina abría la enorme boca roja y soltaba un grito atroz.

Yo también abrí la boca.

No podía parar de gritar.